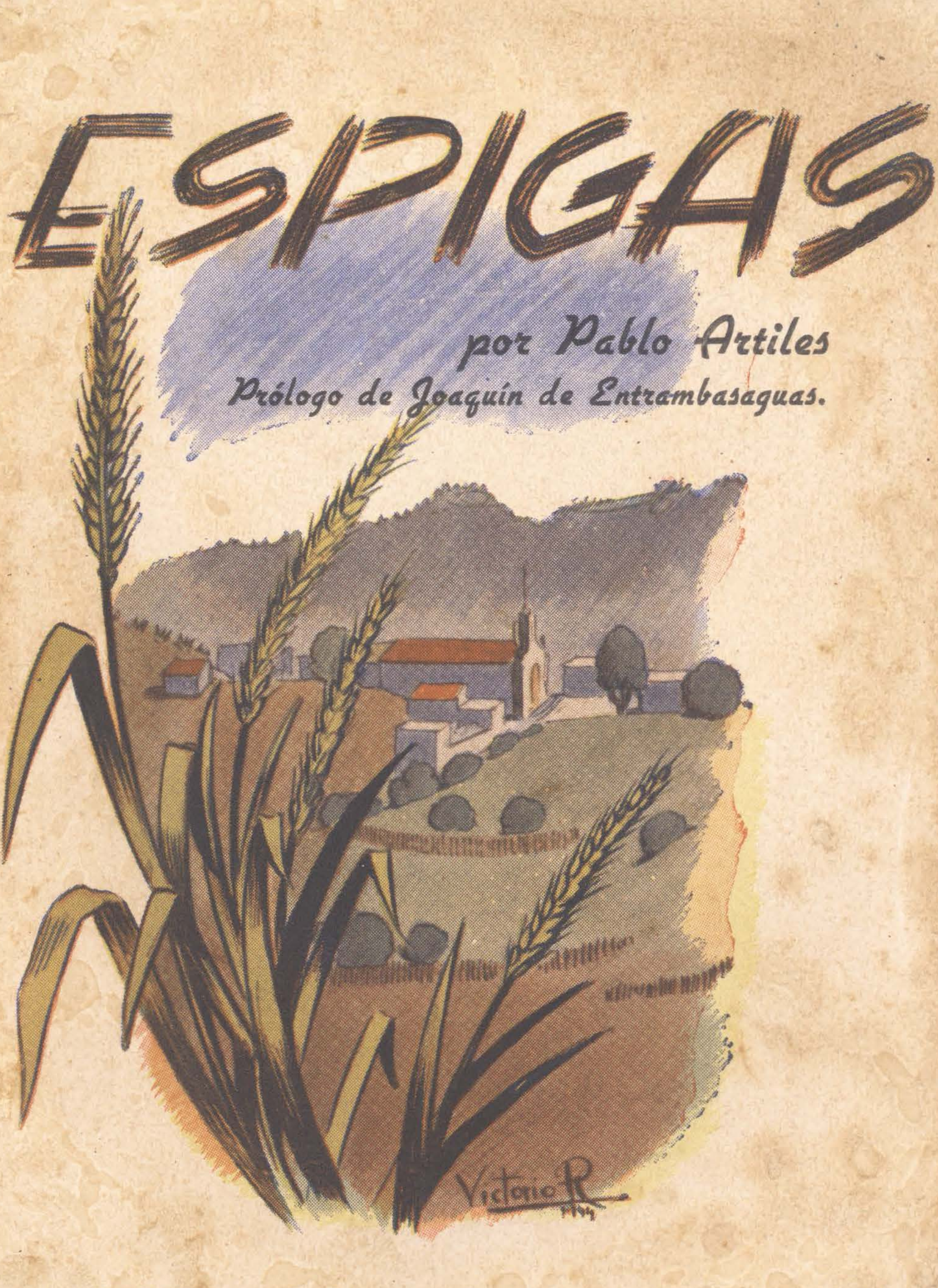

ESPIGAS
por Pablo Artiles
Prólogo de Joaquín de Entrambasaguas.
Victorio R

A mi madre,

NACIDA EN EL PINTORESCO PAGO DE JUNCALILLO DE QUE HABLAN ALGUNAS PÁGINAS DE ESTE "MANOJO DE ESPIGAS", LAS CUALES TAL VEZ LE TRAIGAN GRATOS RECUERDOS DE COSAS PASADAS...

PABLO ARTILES

ESPIGAS

CON LAS LICENCIAS DEBIDAS

ES PROPIEDAD

PABLO ARTILES
PRESBÍTERO

ESPIGAS

ENSAYOS
SOBRE MOTIVOS DE GRAN CANARIA

PRÓLOGO
DE
D. JOAQUÍN DE ENTRAMBASAGUAS

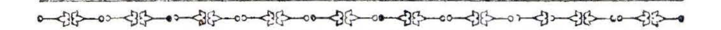


1946

ESCUELA TIPOGRÁFICA SALESIANA
LAS PALMAS DE GRAN CANARIA

Quiero que en mis sembrados, con brillantez de esmalte,
La milagrosa espiga no cese de granar,
Y una contínua vena de mis toneles salte
Mientras un nuevo mosto se pisa en el lagar...»

TOMÁS MORALES: **"ALEGORIA DEL OTOÑO"**



INDICE

PRÓLOGO

PRÓLOGO

Después de leer los bellos ensayos que van a continuación de estas engorrosas líneas mías, las primeras palabras que acuden a mi pluma son de felicitación sincera y entusiasta para su autor.

La literatura costumbrista pasa hace mucho tiempo por un período de olvido. Los cuadros de costumbres que aparecen ahora en nuestras letras están al servicio de otro género literario, pero renunciando a su personalidad que tan bien definida dejaron en el pasado siglo Larra, Mesonero Romanos, Antonio Flores, Estébanez Calderón y otros en encantadoras páginas. Nadie que yo sepa, en estos tiempos sabe penetrar con la sensibilidad exquisita que requiere, en ese mundo pequeño y a la vez trascendental de las costumbres españolas, valorando literariamente, poéticamente, de ser más exactos, esos infinitos detalles del vivir cotidiano que sólo para los espíritus delicados tienen clara e intacta toda su poderosa y alucinante evocación de un ambiente, de una épo-

ca o de una raza. El escritor costumbrista, no el escritor que refleja las costumbres, como tantas otras cosas, en su literatura, ha de unir a su observación penetrante el don poético de dar vida propia a todo el mundo, aparentemente intrascendente, que le rodea y hacer, además, que llegue al lector esa misma emoción que tuvo para él lo que evoca cuando supo captarlo.

Es pues este libro de don Pablo Artiles digno de todo elogio, aunque no fuera más que teniendo en cuenta las razones antes expuestas a las que se podrían añadir otras muchas. Pero además debo señalar, como mérito sobresaliente en el autor, su elegante estilo y la gracia espontánea, noble y fina, que le anima en cada página, constituyendo uno de los valores principales de él y contribuyendo muchísimo a la amenidad y el encanto que son sus características y arrastran, en su lectura, desde el principio al fin, sin deseos de descanso, sino dejando una nostalgia de lo leído y un deseo vivo de que hubiera más páginas análogas en el volumen.

Artiles, como buen canario y sobre todo como palmense, que es tanto como decir adorador de su tierra, halla en su isla maravillosa inagotables motivos para destacar sus bellezas singularísimas y trazar cuadros de costumbres, descripciones, personajes, llenos de vitalidad y colorido, en una prosa ágil, sencilla y cuidada siempre, en la que a veces el dialecto del país deja un aroma lejano e inolvidable.

No obstante la unidad del tema, Artiles ha sabido dar a cada uno de los ensayos que ahora publica, una distinta modalidad con respecto de los demás. Así es casi imposible determinar cuál de ellos merece la primacía o cuales destacan sobre todos.

Sin embargo, dejándome llevar exclusivamente de mi gusto personal, no puedo por menos de llamar la atención del lector hacia unos cuantos que estoy seguro han de dejar siempre un hondo recuerdo, por su especial carácter, en cuantos puedan saborearlos: **Un beso a la bandera,** de emotivo patriotismo que sabe de hondo sentir, sin el fácil tópico; los paisajes magníficos de los **Atardeceres fantásticos,** vi-

brantes de luz y de color; **Cumbres arriba,** que evoca con fuerza hasta los más entrañables aromas de la tierra; **El maestro Artiles,** tan íntimamente conmovedor como representativo de un ambiente; y digno de una antología por su gracia, su sabor local y su observación aguda y penetrante, el ensayo titulado **Cena en un ventorrillo** que recuerda la mejor época de la literatura costumbrista.

No quiero entretenerte más, lector, con estas aburridas observaciones cuando volviendo la página tienes tanto bueno de que gozar, porque por encima de todo cuanto brevemente he indicado, es decir, como causa de todo, lo que hallarás es una profunda poesía que lleva Artiles en su alma canaria y embellece lo que escribe con una voz rara y misteriosa que se nos adentra en el alma.

JOAQUIN DE ENTRAMBASAGUAS.



PORTADA

PORTADA

"Hacer poesía la vida es tarea
antigua del hombre..."

JOAQUÍN DE ENTRAMBASAGUAS.

Ahí van, caro lector, otras páginas sobre motivos de Gran Canaria.

Las he llamado «ESPIGAS», recordando la estrofa que dirige el Poeta Tomás Morales al joven que simboliza para él el Otoño, en la alegoría de este nombre:

«Quiero que en mis sembrados, con brillantez de esmalte,
La milagrosa espiga no cese de granar,
Y una contínua vena de mis toneles salte
Mientras un nuevo mosto se pisa en el lagar...»

Desgranélas de mis huertos, sin el deseado esmalte que quería el Poeta, y saltan de mis toneles, donde luengo tiempo han estado algunas encerradas, aunque sin el aroma que el mosto extrae de las cubas en que se guarda; porque, como dice Cervantes, *«no hay padre ni madre a quien sus hijos le parezcan feos y en los que son del entendimiento corre más este engaño.» (1)*

Y como «la pluma es lengua del alma», (2) según el mismo Príncipe de los Ingenios, te llevarán estas líneas algunas breves y sencillas impresiones sobre lo que he sentido en los pueblos, campos y paisajes de esta isla, que mereció por su valor el nombre de *«Grande»*, **y que, si no lo es en tamaño, tiene tantas perspectivas interesantes que en verdad diríamos, aumentada por sus cumbres y barrancos, que se multiplica y hace «Grande».**

---

(1) Quijote, Cap. 18 - 2.ª Parte.
(2) Cap. 16, 2.ª Parte.

Podríamos decir de élla que es la que D. Quijote prometía a Sancho: *«Lo que puedo dar os doy, que es una ínsula hecha y derecha, redonda y bien proporcionada, y sobremanera fértil y abundosa.»* (1)

Es la que Cairasco describía con hermosos versos:

«Esta es la Isla de la Gran Canaria
A quien su nombre fió también Fortuna,
Nombrada con razón en todas partes
Princesa de las Islas Fortunadas...» (2)

Y como *«hacer poesía la vida es tarea antigua del hombre»*, **según dice en su libro «La determinación del Romanticismo» el ilustre escritor que ha querido generosamente prologar este mío, (3) prosigo en esta tarea de hacer la de nuestros campos, aunque esta musa literaria no sea precisamente la más favorecida en nuestras Islas.**

Pintura, escultura, música... tienen en Canarias actualmente un como proteccionismo oficial, y meritorio, que las ampara y fomenta. La literatura tan sólo, reina de las Bellas Artes, es lastimosamente preterida, y la "Cenicienta" del cuento; no habiendo para sus aficionados ni becas, ni premios, ni una mala hoja donde limar sus plumas los ensayistas.

Y, sin embargo, hay mucho amigo y aprendiz de ella en las Afortunadas, cumpliéndose bien aquello de que «es tarea antigua del hombre el hacer la vida poesía». (4)

---

(1) Cap. 42, Parte 2.ª

(2) «Templo Militante»

(3) Ensayo «Siete perfiles de Lope de Vega». P. 33.

(4) Mientras corregía las pruebas de esta "Portada", y pronta ya a imprimirse, llega a mis manos, en la tinta fresca de "La Falange", (21-Octubre-1945), el anuncio de un concurso, que ni pintiparado para confirmar el olvido en que se tiene a la pobre "Literatura" en esta Isla.

Dice así:

«Bases para el concurso de Bellas Artes organizado por el Gabinete Literario de Las Palmas de Gran Canaria.

El contenido se resume en lo siguiente:

I

Por iniciativa del Gabinete Literario de esta ciudad y con la colaboración del Cabildo Insular de Gran Canaria y Ayuntamiento de Las Palmas, se instituyen dos premios en metálico para artistas naturales del archipiélago.

III

Los premios son los siguientes: uno de diez mil pesetas para la

Me animan, sin embargo, a este trabajo, el benévolo acogimiento que el público hizo a mi anterior libro «Isla Azul», agotando los ejemplares de la tirada; el favorable juicio de la prensa, principalmente de la madrileña, y aún, esta vez, de la de Las Palmas; y también las cartas de algunos canarios ausentes, que me halagan a escribir lo que a ellos puede servir de alguna satisfacción, «pues quedo alegre de pensar han de tener contento»—en palabras de Sta. Teresa en sus cartas—al recordarles esta tierra «deleitosa y de buena temple», como dice la misma santa que era la de Beas. Así, en una dirigida a mi amigo D. Juan Sánchez de la Coba, por el suyo D. José Valido, canario del Ingenio residente en Uruguay, éste dice:

«*No se imagina V., querido amigo compatriota, la satisfacción y el placer que me ha producido, a pesar de mis 65 abriles que pesan sobre mí y mis muchos años de ausencia de nuestra querida Isla de Gran Canaria, el libro dictado por el joven sacerdote D. Pablo Artiles..., y que mucho agradezco a mi buen amigo D. Juan. Su autor merece miles de felicitaciones por todos nuestros paisanos...*»

Y en otra, un canario residente en Suiza escribía: «*Lo he leído todo de cabo a rabo y con agrado: no sé si el agrado es debido a lo interesante para mí del tema o de los temas, o al mérito del libro, que sería en tal caso mérito del autor. Es el primer intento, y no desafortunado, de guía espiritual de Canarias, como la tienen casi todas las provincias.*»

---

mejor obra de pintura, y otra de igual cuantía y jerarquía para la escultura de mejor calidad, cada dos años....», etc. etc.

No merece sino aplausos esa esplendidez de premios. Pero lloren todos los literatos al ver que para ellos no hay ni un pobre regalo de cinco céntimos. Y, a pesar de todo, la literatura da más lustre y fama a un pueblo que las artes plásticas. Estas son de "sentido", aquéllas de inteligencia...

Y ahora, un voto particular mío, y tal vez de todos los "desheredados":

¿No podría establecerse otro premio similar para la mejor obra literaria?

"Es mucho dar"—me responderéis. Entonces, ¿por qué no dividir esos premios, y hacer tres de seis o siete mil pesetas, incluyendo a la pobre "cenicienta" de la Literatura entre las Bellas Artes? Y aun sobrarían mil para un tema folk-lórico.—Yo lanzo la piedra. Y no se ofendan los pintores y escultores; pero cualquier escritor—¡somos muy modestos!—se daría con un canto en el pecho si se le otorgaran esas siete mil "rebajadas" pesetas que sobrarían a vuestras altezas artísticas. El Gabinete Literario haría ho-

Y aunque no sea más que por dar este poco de satisfacción, me bastara a publicar estas estampas, hermanas de aquellas de marras; dejándome llevar de la secreta ilusión de que a alguno ha de agradar leer cosas de su tierra en las ajenas, y aún en las suyas. Y que tal vez a muchos españoles no canarios guste también recordar algo que les traiga ecos de una isla españolísima, primer jalón del gran Imperio Hispano en el Atlántico, que dió nombre a todas las del archipiélago afortunado.

Y quieren hacerlo estas páginas mirando «cumbres arriba y tierras adentro», contrariamente a como lo han hecho en general nuestros modernos escritores, «cabalgando en espumas y mares afuera», sabiendo sus obras a sol y a mariscos más que a tomillo y retamas.

«La poesía tinerfeña, esencialmente *«de tierra»*, a diferencia de la de Gran Canaria—*«de mar»*.—El tinerfeño canta hacia *adentro* de la Isla; el de Las Palmas hacia *afuera* » *(1)*

En cambio, nuestros vates de primeros tiempos, Cairasco y Viana, fuertes y heróicos, cantaron nuestras selvas y nuestras cumbres, ensalzando más el paisaje terrestre que el marino-azul de las Afortunadas. Parece que sus plumas se forjaron en la lava de nuestros volcanes, se perfumaron en el aroma de nuestros valles y se fortificaron en la resinosa pedrería de nuestros pinares, henchidos de luz de sol y de gestas atlánticas.

Y, por lo demás, ahí tienes el libro, con una colección

---

nor a su nombre; y los pobrecitos y "cenicientos "aspirantes a "escritores y poetas" tendrian con qué comprar cuartillas para tanto como escriben, ¡escultóricas, pictóricas i .. (¡griega!) literarias Corporaciones!

Todos ellos debian formar una verdadera "peña", para solicitar una participación en los bienes que reciben, con perjuicio de la musa—príncipe, sus hermanas Pintura y Escultura.

Y aconsejo a los aprendices del arte literario que arrecien «la pedrea», con sus plumas afiladas, contra esa «acaparación» indebida; pues va a quedar la pobre "musa" como para que la canten los muchachos por las calles, con música del ahora popular estribillo de la Pelona:

Las "Letras" estan rascás
porque no les dan un premio,
y los únicos que hay
se reparten de estrape'lo...
¡Pelonas,
sin premio...!

(1) Historia de la Poesía Canaria, p. 17, por Angel Valbuena.

de ensayos que tú juzgarás con sano criterio, aventando el tamo, cuando haya «marea»,—según dicen en los campos—para separar el trigo granado de lo que sea puramente chamiza; aunque aquél tenga también su olor y ésta su utilidad.

A alguien parecerán estas páginas de poco o ningún contenido crítico o histórico. Ya sé que privan hoy estos estudios, aún más que la creación literaria. Sin embargo, aquéllos son más propios de épocas de decadencia.

Creo que debemos fomentar más la producción original, sin olvidar la investigadora y crítica. Este libro no es historia ni es estudio: Es un hablar sobre motivos de Gran Canaria, apuntando más al corazón que a la inteligencia.

Y que perdonen los sesudos buceadores de archivos y museos, que aquí llaman «fantasía» a lo que no sea sus averiguaciones problemáticas de viejos acontecimientos; pero estas búsquedas necesitan airearse un poco con aromas de campos y luz de las cumbres. Acertadamente dice Sánchez Muniaim en su reciente y hermoso libro "Estética del paisaje natural": (1)

«Yo creo que a muchos españoles de la ciudad les convendría airearse para sanar del espíritu, que lo tienen apolillado de prejuicio, timidez, ironía y decrepitud. Esta hipertrofia de nuestra facultad crítica, es como el orín que come los buenos aceros. Es señal de vejez y decadencia».

Aspirar aquel aire y aquella luz que sanean e iluminan nuestros valles, quizá por escondidos no presentes a los poetas gran-canarios; pero que hay que revalidar, por ser una posesión estética digna de conocimiento y encomio.

Aquello que exhuman nuestras perdidas aldeas y ocultos caseríos, pintorescos y altos, a los cuales casi todos se podría aplicar este soneto en que he querido sintetizar la poesía del hermoso pago de Juncalillo—cuya «estampa» preside nuestra portada—como símbolo de

(1) Cap. I, p. 34.

lo genuinamente campestre y cumbrero de los paisajes interiores de Gran Canaria:

«¡Oculto en altas cumbres paguecillo
místico, do en serena paz habita,
gozoso, a la sombra de una ermita,
infatigable labrador sencillo!

¡Fuente pura en ameno barranquillo,
frutas, tierra feraz, sana cuevita,
sol, luz, senderos de tunera y pita,
grato olor de pinares y a tomillo!

En gradación creciente, los cercados
de maiz, papas, trigo..., perezosas,
van las yuntas arando; apagados

se oyen ecos dulces de las cosas,
y bíblicas esquilas de ganados,
entre notas de flauta, jubilosas...

Y vaya en el arco de esta "Portada" un recuerdo de agradecimiento a los colaboradores del librito, desde el autor del prólogo, D. Joaquín de Entrambasaguas, crítico y escritor de reconocido renombre, hasta los jóvenes Victorio Rodríguez, José Padrón Noble y Antonio Domínguez Jorge, autores, aquél de casi todos los dibujos y la portada, y éstos de algunos; sin olvidar a los impresores de mis cuartillas, los jóvenes alumnos de la Escuela Tipográfica Salesiana de Las Palmas, con su benemérito maestro Don Rafael Diéguez, los cuales ya por tercera vez pacientemente han descifrado mis escritos.

EL AUTOR.



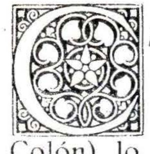
DE LA CIUDAD....

DE los veinte y cinco "ensayos" que van en este pequeño libro, seis son sobre motivos de la ciudad o vistos desde ella; y los diez y nueve restantes, sobre motivos del interior de la isla.

Así, la sal del Océano da un poco de sabor al romero campestre de nuestras aldeas y perdidos valles, todavía casi por descubrir ante los ojos del literato isleño....



"EL BALUARTE"

AMINO glorioso éste de Las Palmas al Puerto de la Luz, que pudiéramos llamar la pista de la civilización en Gran Canaria. Hito del camino glorioso (de Colón) lo fué la humilde ermita de la «Luz».

Esto escribió Fray Lesco.

Y cabe preguntar: ¿morirá también el Castillo, su hermano, mojón glorioso en la historia de Gran Canaria?

Porque, ¿qué más adentrado en el alma de la Isla, y en nuestro españolismo, que el Castillo de la Luz? Historia y leyenda, todo se aúna en este torreón, viejo guardián marino que tumbado en la playa toma el sol del nuevo amanecer de España, como tomara antaño también en la misma peña del Atlántico el viejo sol imperial de la España de Felipe II, que se había engarzado como un brillante anillo en la corona de la Patria.

El vió cruzar y mecerse temblorosas en las aguas de la bahía tres carabelas visionarias, que

eran llevadas y llevaban a un precursor de D. Quijote, en loca y caballeresca aventura marítima.

Quizá de ellas aprendiera el valor con que siempre rechazó las embestidas de naves corsarias, que culminaron en la derrota de Drake, haciendo exclamar a Lope de Vega: (1)

«Corre el inglés de su rosada aurora
hasta Canaria por probar la espada,
como si fuera gente que pudiera
huír el rostro a su arrogancia fiera.

Su armada en luna extiende porque arribe
desde la fortaleza al «baluarte»,
en cuya lengua de la mar recibe
daño cruel de una y otra parte...»

Nuestro Castillo era el «baluarte», que hundió esa mañana gloriosa dos naves enemigas; y que siempre lo fué contra piraterías invasoras, luchando con pura nobleza de indígena canario en defensa de nuestro españolismo.

Fué en esa ocasión cuando, como dice Cairasco, y en un conjunto afán patriótico:

«Salieron en bella muestra
el sacro Cabildo y frailes,
con bandera azul y roja,
colores de oro y sangre...

Salió la caballería
con su capitán delante,
y las cuatro compañías
con sus cuatro capitanes.

---

(1) Dragontea. Canto 3.º

Todos van con fuerte brío,
y con alegre semblante,
que alegría y fortaleza
de victoria son señales...»

¡Toda Gran Canaria a luchar en defensa de nuestras playas y de su independencia, reservándolas para España!

¡Si hubiera tiempo de recordar su pasado, cuántos hechos gloriosos no vendrían a nuestra mente!

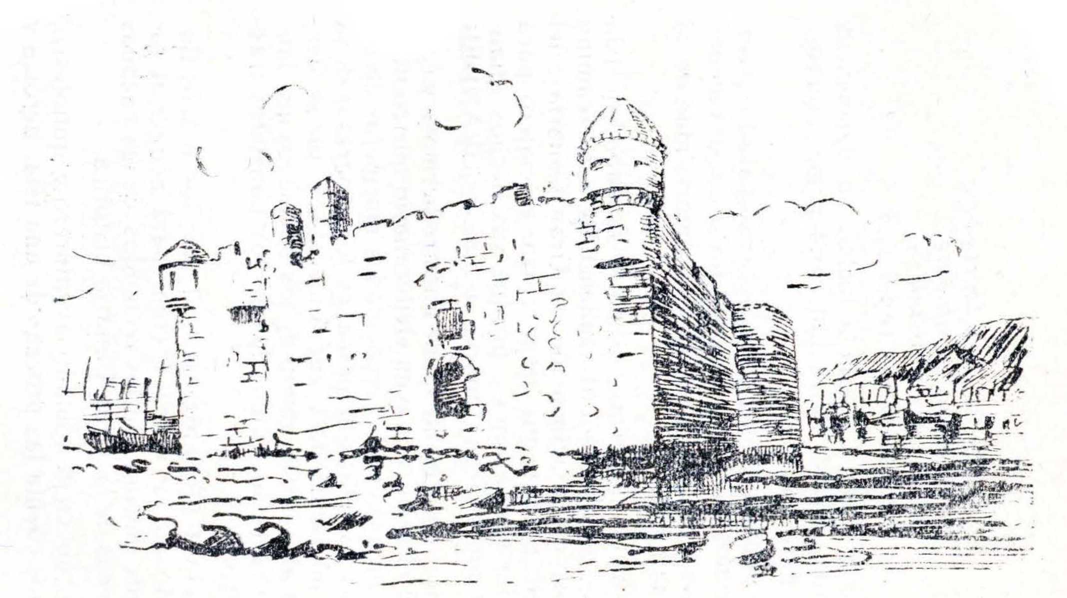
¡Paso, pues, al Castillo a la inmortalidad de la historia isleña!

«Viñeta histórica»—como lo llamaba en «Isla Azul»—porque está al comienzo de este «camino glorioso de la civilización en Gran Canaria», del sendero poético que ha de cruzar el viajero para apreciar sus paisajes...; porque sus hechos afianzaron sobre Gran Canaria su título: «¡GRANDE!»

Y hoy yace en medio de nuestro hermoso y concurrido Puerto, como un viejo canario que contempla y piensa en las precocidades marineras de los isleños barquitos de pesca, en los progresos de la urbe, modernizada y engrandecida, y que se despierta al ronco bramido de los bocinazos que lanzan las gruesas chimeneas de los panzudos trasatlánticos.

Y el Castillo abre hacia el mar los brazos iluminados de los muelles, como para acoger al caminante marino con los recuerdos de las hazañas guerreras de la Gran Canaria histórica.

Es un viejo soldado aventurero y quijotesco, que nos cuenta las proezas de una Isla, heróica y



Nuestro Castillo era el «baluarte», que hundió esa mañana gloriosa dos naves enemigas... *(Pág. 10)* «Dibujo de JOSÉ PADRÓN NOBLE».

bella, de la España Imperial que revive. O, como dice Martínez Escobar:

«un castillo ya arruinado
que, del mar junto a la orilla,
parece un buque encallado:
el aparejo enterrado
y al descubierto, la quilla...»

¡Sí! ¡Es la carabela cargada de los hechos hispánicos de Gran Canaria, que encalló con el peso de sus tesoros en la playa de la Isleta!

* * *

«Museo histórico de Gran Canaria» debiera ser el Castillo. (1) Mientras tanto, y para ello mismo, es de fomentar la idea de entregarlo a la Falange Tradicionalista, como cuartel de sus centurias marinas; aún con sus escuadras infantiles, pues el anciano se ha hecho amigo de los niños, y éstos ven en aquél a un viejo y buen amigo, que les cuenta leyendas e historias; y junto a él juegan y se ensayan, con costeros en miniatura, para sus futuras andanzas africanas.

---

(1) El insigne Nestor amplió esta idea en su conferencia sobre motivos turísticos, en la cual dijo:

«.... El Castillo de la Luz, por ejemplo, restaurado y convertido en museo, podría acoger los nombres de los primeros canarios que se enrolaron en la sublime aventura del descubrimiento de América, y de los que más tarde, con Hernán Cortés, Pizarro y otros caudillos, colaboraron a la conquista del Nuevo Mundo, con cuya historia la nuestra está tan enlazada.»

Ya hoy es una esperanza firme esta posibilidad, una vez que por decreto del 13 de Julio de 1941 se declaró el Castillo «monumento histórico-artístico», pasando a depender del Ministerio de Educación Nacional.

El mar besa diariamente al Castillo. El mismo mar que besó las naves de Colón. La Falange marina sería un excelente amigo del vetusto guerrero, que todavía respira fuerte los aires salobres del océano, que debe volver a ser el mar de España.

El mar ama al Castillo... Lo aman el sol, los barcos, los niños, las palomas... Pero la tierra no lo quiere. La tierra lo va a ahogar, acercándose a él en callada invasión sepulturera, que va a enterrar, diríamos, el tronco glorioso que aun queda del árbol de nuestras tradiciones.

¡Devolvamos la vida al Castillo! ¡Que de entre sus almenas, remozadas, vuelvan a oirse gritos de ¡alertas! y ecos infantiles de futuros héroes canarios del mar! ¡Qué sirva al «Imperio Azul» que renace, como antaño sirvió al viejo Imperio Español!

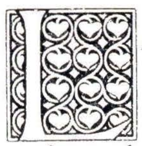
En nuestros días, los soldados de Franco han vuelto a hacer vigilancia desde sus troneras, maltrechas por defender a España. ¿Por qué no hemos de sentir, otra vez, poéticamente, el remar nocturno de las barcas, mientras se oye la voz del centinela marino que grite: «¡Ah, del Castillo, alerta!», iluminando la luna sus derruídas almenas?»

Entonces, en los atardeceres fantásticos del Puerto de la Luz, el Castillo revivirá a un nuevo servicio heróico como «caballero mutilado del viejo Imperio». Y diría gozoso, con nuestro poeta Alonso Quesada en la «Oración Vesperal» de sus «Sueños»:

«La tarde entera tiene
el color de la infancia de mi ensueño;
hay una golondrina misteriosa
que ha detenido en el azul su vuelo...»



LA CIUDAD BLANCA...

AS PALMAS! ¡Bella ninfa de las aguas, dórida del Atlántico que se baña en un mar de espuma; oasis del mar tenebroso, dulce recuerdo de épocas medioevales y de conquistas primitivas, cuando al sonido del tambor y al resonar del clarín fué el primer asiento de los castellanos en esta isla!

Teatro de heroismo, en que estaba por una parte el deseo de propagar la fe y clavar la cruz en las crestas más altas de la isla, y por otra el valor asombroso y patriótico de unos hombres que defendían la independencia de la tierra que los vió nacer.

Ambos luchaban por un ideal; y si los cristianos llevaban una idea más sublime, también es bello ver a aquellos nobles defensores de Canaria, sin otro aliciente que el defender su patria, hacer tantos esfuerzos de valor, que llegó a asombrar a la misma poderosa España, cuando reinaban en ella los poderosos reyes D. Fernando y D.ª Isabel.

Aquellos hombres primitivos que legaron a la isla por su valor el nombre de «Grande» son dignos de eterno recuerdo, y más al defender noblemente, por tantos años, un trozo de tierra que comparado con la nación que pretendía dominarlos se puede decir que no era nada.

* * *

Y hubo una noche en que la luna plateaba las olas, como lo sabe hacer en tus costas, con dejos de romanticismo; y en que el ambiente puro de tu clima, que convida a vivir, llenaba de aire vivificador los pulmones, cuando, doblando la Isleta, en la paz sideral del espacio que se refleja en las aguas, aparecieron, fantasmas de luz, tres carabelas con las lonas blancas rizadas por la brisa, y que surcando tranquilamente las olas se acercaban a tu puerto.

Aquellas carabelas eran como visión en la noche tranquila: eran las alas de un genio que llevaba tras sí las tres naves escudriñadoras del Mar Tenebroso...

Llegaron a tus pies, y ellas te confiaron por algún tiempo su peso y su gloria, quedando surtas y livianas al vaivén de las olas.

Cristóbal Colón, con ojos soñadores y en un éxtasis de descubrimientos llegaba a Las Palmas, y sus ojos extasiados miraron la belleza de esta tierra; y al recordar los esfuerzos que se habían hecho para domarla, quizá su mente flaquearía pensando en el vasto continente que iba a descubrir y conquistar; pero aquella raza no se encontraba en todas partes...

Aún hay en Las Palmas un templo, joya histórica, croquis de la historia de Canarias, en cuyo suelo oró este genio postrado ante el altar, con la visión vaga de sus ojos, que veían surgir mundos de las olas, y con alma llena de ideas grandes y de la sublimidad de su misión.

Si el Puerto de La Luz no tuviera otra gloria que el haber visto arribar las históricas naves, y el haber reparado las averías considerables de dos de sus carabelas, ¿no sería suficiente para que su nombre se pronunciara con respeto, y para que fuera su recuerdo, evocador de aquella época venturosa, piedra miliaria en la historia universal?

* * *

Antaño era una olvidada bahía. Hoy,

«*El puerto donde arriban cual monstruos jade-*
desde los más lejanos confines de la tierra, [*antes,*
las pacíficas moles de los buques mercantes
y las férreas corazas de los navíos de guerra.
....donde cien raros pabellones
desdoblan en el aire sus insignias navieras,
y se juntan las parlas de todas las naciones
con la policromía de todas las banderas...» (1)

¡Puerto de la Luz!

¡Quietud del clima y quietud de las aguas!

¡Tú eres el último adiós de Gran Canaria a los que de tí se alejan, y tú recibes la primera sonrisa y el primer beso de los que llenos de amores comprimidos vuelven a tus lares!

(1) «Rosas de Hércules»—Libro I.

Y este es ahora tu aspecto familiar y ordinario; pero hubo días azarosos en que el rapaz enemigo asomaba en el horizonte, llenando de zozobra tu existencia, plácida como una tarde primaveral. Entonces resonaban en tu recinto los toques del clarín y las voces aguerridas de mandar imperioso; y tus hijos acudían a las playas, dispuestos a defenderlas con el supremo valor de la vida y la muerte. Así lo pueden decir Drake, Van der Doez y la serie de piratas codiciosos de tu rica presea, domados por el valor invicto de los descendientes de los Bethencourt, Lugos, Maninidras, Doramas y Bentaguaires. El nombre de «Grande» que nos legaron nuestros abuelos ha sido confirmado por sus descendientes. ¡Honor a los invictos defensores!

* * *

Hoy es Las Palmas la ciudad moderna, con su comercio activo y su calle de Triana, que es la arteria vigorosa de la Ciudad, ancha y hermosa, continuada hasta el Puerto de La Luz, entre jardines y hoteles, y con el tránsito de «3,000» carruajes diarios, que dan idea de su actividad asombrosa. ([1])

A todo esto se añade «el buen clima», que le da una contínua primavera, en un imperecedero abril de frescor y hermosura; y junto a ello, su be-

---

(1) Este era el porcentajé de hace 16 años. Hoy, según reciente estadística, son unos 50000 viajeros los que transporta diariamente el servicio de «guaguas» entre Las Palmas y el Puerto de La Luz. (Datos publicados en «Falange», (25 - Enero - 1942.)

lleza natural, extendida a orillas del Atlántico en una longitud de ocho kms.; y que, iluminada, parece la chapa de oro del cerco de plata con que la espuma del océano ciñe a la Gran Canaria.

La playa de Las Canteras, el Parque de Santa Catalina, de Doramas, el de Cervantes; las plazas de S. Francisco, Santa Ana, etc., son los sitios ya naturales, ya hechos para el arte, en que el espíritu y el cuerpo descansan de las fatigas del trabajo, y donde se manifiesta la vida esplendorosa y riente de esta ciudad ideal.

Una tarde en la ciudad de Las Palmas es la verificación de un ensueño, la serenidad de la vida, el tener el alma como en un nido que se mece a orillas del Atlántico: el susurro de las aguas la adormece.

Por eso, Las Palmas de Gran Canaria es una bella princesa africana, bautizada, enamorada del sol y del mar, que se recuesta a orillas del Atlántico como reina de Gran Canaria y se retrata en este infinito océano que contínuamente la arrulla.

De la cual se prendó el sol, que la abraza en vez de abrasarla con sus rayos. ¡El sol no la quema, mas la acaricia!

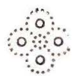
Y ella vive en esta roca como perla del archipiélago, abrillantada al roce del comercío y del Puerto de La Luz, que abrió el camino a sus expansiones soñadoras.

La ciudad blanca del sol y del mar, la paloma de las Canarias, crece y se extiende a orillas del

Atlántico como crece y se extiende la espuma de las olas al chocar contra las peñas.

«En una alborada de luz matinal
perfiló la urbe su limpio diseño,
al surgir del llano solar ribereño
siguiendo la blanca curva litoral...»,

como diría el poeta cantor de las "Rosas".





UN BESO A LA BANDERA



RA una tarde nublada, de esas en que el sol se esconde entre las nubes, la luz se extingue y el viento vuela suelto como perro desencadenado.

Desde el muelle grande en el Puerto veía con un amigo cruzar los barcos de vela, veloces como la brisa, en busca de refugio en las serenas aguas de la bahía.

Algún trasatlántico pasaba junto a esas palomitas de la mar, de las que siempre vemos algunas surcando plácidamente las aguas, y que movíanse como mariposas a impulsos del aire que hinchaba sus velas.

El penacho de humo del barco se convertía pronto en nube negra, y el monstruo se perdía jadeante en las revueltas del horizonte oscuro, mientras

«*...lo saluda a lo lejos el blancor de una vela...*»

—como diría el poeta—, que parece decirle ¡adiós!, inclinándose e irguiéndose, como bandera de paz,

y recibiendo los besos de la brisa que junto con las aguas brincaba a sus rizados repliegues.

Entre la blancura del velero,

«...concreción de olímpica sonrisa,
vaso maravilloso de tablazón sonora,
pájaro de alas blancas para vencer la brisa:
amor de las estrellas y orgullo de la aurora», (1)

un bulto negro apareció en el horizonte. Un penacho de humo subía, como dos alas de gigantesca águila, tocando las nubes. Era el porte de un navío de guerra lo que teníamos a la vista...

Estos son algo vivo, un trozo de la nación a que pertenecen y cuya grandeza proclaman.

Ansiosamente mirábamos por percibir los colores de la bandera, que en popa flotaba a las caricias del viento salado.

El humo del barco y la cerrazón de la tarde nos impidieron conocer la nacionalidad. Pero extrañamos que no saludara con los cañonazos de reglamento a la batería de salvas de la Isleta. Tampoco ésta movióse ni dejó oir los secos disparos de su genial saludo.

Si no saluda—nos dijimos—es español; llega a su casa, a estas islas españolísimas donde se ama a España como los hijos más fervorosos puedan hacerlo.

---

(1) Rosas de Hércules. «Oda al Atlántico».

Una ráfaga de luz brilló junto a la movediza bandera, que extendió sus pliegues ante una caricia del viento. Color de oro y sangre tiñó el espacio, y nuestros ojos vieron la alegre enseña nacional, ondulando serena y grave.

¡Es español!—gritamos con entusiasmo. Y poco después, el barco de hierro, cenizo, pasó delante de nosotros a marcha moderada, ufanamente orgulloso de entrar en aguas de España, en estas islas del Atlántico.

Entre Las Palmas y el Puerto ancló el navío español, del que ignorábamos el nombre.

Nuestro deseo fué enseguida el de ir a verlo, admirar lo que nos recordaba el espíritu caballeresco de la patria.

Mi amigo era empleado en un «varadero», y allí fuimos por un bote...

El que hallamos, caro lector, amén de pequeño, era una regadera por dentro: se llenaba de agua. «No importa—dijimos—con un cacharro iremos vaciando...»

Y subimos cuatro en la barquichuela—se nos habían juntado dos—y «achicando agua», como aquí clásicamente se dice, bogando a la desesperada contra unas olas subidas que amenazaban hundirnos, subiendo y bajando las montañas azules que al salir de la punta del muelle grande nos embistieron, con la esperanza puesta en la alegría de ver el acorazado, trabajamos largo tiempo antes de llegar al sitio en que, impávido a todo movimiento, como una pequeña muralla de acero, el

barco de guerra español brillaba, todo limpieza, reflejando su mole en las aguas.

Por fin llegamos a su costado, y, por añadidura, leímos en la borda un nombre verdaderamente simbólico, síntesis de la patria: se llamaba «España».

—Marinero, ¡Viva España!— le dijimos al centinela—¿Se puede ver el barco?

—No hay orden de dejar entrar—nos contestó secamente el marino.

—Nosotros se lo pediremos al capitán—le instamos.

—Es muy pronto. Aún no se puede dejar entrar...

Y no pudiendo hacer otra cosa, desconsolados, propusimos darle la vuelta, con peligro de que una ola nos estrellara contra el costado de hierro.

Retirámonos un poco, y fuimos viendo aquellos cañones gruesos, enfilados como puñales a lo largo del barco, que con sus ojos negros amenazaban no se sabe a donde; aquellas corazas de popa y proa, como castillos edificados sobre cubierta; aquellas cámaras tan limpias que se veían por los tragaluces, donde algún marinero nos miraba indiferente, cantando una copla; el marcial paso de los oficiales, las máquinas, los palos, las anclas: todo lo fuimos mirando, como chiquillos que oyen contar con ojos abiertos historias y leyendas.

Llegados a popa, el viento desplegó ufanamente la encogida bandera, y sus pliegues casi rozaron nuestros rostros. Un brillo de luz, un haz de flo-

res nos pareció la grata enseña de España. ¡Un beso a la bandera!,—gritó uno.

La roja y gualda enseña nacional, que regaba de sangre y oro las ondas al aparecer reflejada en el agua, volvió a descender, y tranquila mojó sus extremos, enterrándose medio metro en las olas.

Nosotros nos acercamos a ella, llegando casi sobre la hélice, y cogimos aquel paño sagrado, estampando uno por uno en sus pliegues un beso: beso cariñoso de hijos que, lejos de su madre, gozábanse viendo ondear el símbolo glorioso de la Patria sobre un pedazo flotante de la misma.

¡Oh, con qué cariño pusimos nuestros labios aquella tarde en la santa enseña que desde el muelle grande vimos cruzar luminosa, alegrando nuestros corazones!

Todo el trabajo del penoso remar lo dábamos por bueno, por haber besado la bandera del «España», síntesis de toda la Patria, y volvimos satisfechos, contemplando la inmovilidad del navío en medio de las olas, signo de la España serena, grande a través de sus desventuras... (1)

... ...

La patria agrandó en nosotros aquella tarde su dominio...

---

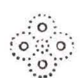
(1) Este barco sucumbió gloriosamente frente a Bilbao, defendiendo la bandera roja y gualda: ¡tal vez la misma que llevaba aquella tarde que recuerda este artículo!

Al entrar en la bahía estaba oscureciendo, y se evocaban aquellos versos de Tomás Morales:

"Puerto de Gran Canaria sobre el sonoro Atlántico,
con sus faroles rojos en la noche calina,
y el disco de la luna bajo el azul romántico
rielando en la movible serenidad marina...

Silencio de los muelles en la paz bochornosa,
Lento compás de remos en el confín perdido,
Y el leve chapoteo del agua verdinosa
Lamiendo los sillares del malecón dormido....

Fingen, en la penumbra, fosfóricos trenzados
las mortecinas luces de los barcos anclados..."





ATARDECERES FANTASTICOS

I



ENTADO en la playa de las Canteras, contemplo el mar, que está como una llanura vidriosa de agua cristalizada, quebrando en su tersa superficie los rayos solares, que en su seno conviértense en arco iris, igual que si fuera un prisma.

Al terminar de esa ancha carretera asfaltada, espejo inmenso de un cielo azul que compite con él en colores y hermosura, se yergue férreo, majestuoso, el Teide.

Está soberbio, con sus inclinadas aristas rectilíneas formando ángulo, en cuyo vértice está el sol, como una cascada de luz que reparte la infinita variedad de sus tinturas monte abajo, cubriéndolo con rica pedrería que deslumbra la vista.

El rey de los astros, pieza de fuegos pirotécnicos, semejando una gran bomba de jabón llena de

colorines, transparente y todo ascuas, por encanto mágico parece prendido en el alto Pico, como si fuera un globo cautivo que al acaso viera enredadas sus cuerdas entre los arbustos...

Y el Teide, nevado, reflejando sus fulgores, es una montaña de basalto que brilla deslumbrante al sol: lámpara de cristales y de jaspe colgada de la bóveda celeste y adornada de brillantes, lentejuelas y cuadriculados vidrios.

En el fondo, un cortinón rojo desplegado a los vientos tapiza la altura del escenario, por donde pasan nubes, ora blancas, ora negras, ora rojizas, que parecen monstruos de antediluviana fauna fantástica en desfile triunfal por la carretera del cielo.

Las montañas de Gran Canaria arden, rociadas con el polvo de oro que levanta el sol con sus rayos... Por la montaña de Arucas, poblada de árboles e incendiada de resplandores, al ver los arbustos gigantes, diríase que bajan los canarios antiguos a luchar en el valle, llenos de ardor y de heroísmo.

Al frente va Doramas, nimbada la frente de rayos, despidiendo fulgores, y respirando fuerte su pecho.

Ya lo veo, envuelto en el manto de oro de la tarde, medir sus armas desiguales, pero lleno de un patriótico coraje, con Juan de Hozes, que cae malherido de un solo dardo que, émulo de Júpiter, lanza el Héroe en aquel día de gloria, y día de su muerte.

Y siento los alaridos de los indígenas, que asustan las nubes alborotando el cielo con sus gritos.

El ejército castellano se llena de cólera, y un caballero, general en jefe de la conquista, que había peleado valientemente en Granada, se precipita a caballo contra Doramas, que se cree inmortal en la cumbre de su triunfo y en el paroxismo de su júbilo salvaje.

¡Allá va un dardo! ¡Ahí viene una flecha! ¡Ahí va el caballero sobre su cabalgadura, que levanta nubes de oro con sus cascos!

«El último de los canarios», Doramas, sucumbe. Por su herida se desangra la primitiva nación canaria.

Todo esto ví pasar ante mis ojos al contemplar en la tarde embalsamada, que el sol se había trabado, como un dije, en el alto, ideal Pico de Teide.

* * *

Las montañas humeaban. La de Osorio, que esconde su larga cresta en las nubes, aparece como una gigantesca tumba que extende sus faldas verdeantes y negruscas, bajando verticalmente en el profundo barranco de la Virgen, y hasta el valle de Teror.

Diríanse son cipreses los pinos de Gáldar, que asoman por atrás, en otra montaña, envueltos en nubes, inclinados y a media cuesta: ¡gigantes que trabajosamente escalan el Olimpo!

Cuando el sol arde encimita de la punta del Teide y semeja un alfiler clavado en su cresta, y las nubes se arremolinan, formando un puente desde el Pico hasta la montaña de Osorio, las gentes

oyen rumores sordos en el interior de ésta, y la tierra se agita; diciéndose que aquella montaña es la tumba del canario Doramas, el cual esos días sale de su sepulcro, y va por caminos invisibles y rociados de oro, cual otro emperador romano, hasta la cima del Teide, para contemplar la sublimidad de estos atardeceres en Canarias.

Y allí, en presencia del sol, dialoga con el venerable de blanca cana, solazándose en recordar los tiempos antiguos, en que una raza heróica poblaba las islas.

Y el Teide, testigo ocular de todos los siglos, habla desde los prehistóricos tiempos de la Atlántida hasta los históricos de la conquista, enardeciendo el alma del Héroe con el relato de la batalla de Acentejo en que su rostro se tiñó con las salpicaduras de la sangre de los que murieron aquel día; elogia a Tinguaro, a Bencomo; explica la agonía lenta del rey de la Palma Tanausú, que se dejó morir de hambre... Recuerda que contempló la derrota de Bethencourt en Arguineguín, sintió los chirridos de las cadenas que rompió el rey Guadarfía entre sus manos; que vió despeñarse a Tazarte, al Faicán de Telde, a Bentejuí.

Yo ví, prosigue el Teide, yo ví a Doramas defender a Canaria contra la gente extranjera en Moya, en Tamaraceite, en Tiraxana; y morir, después de bautizado, en tierras de Arucas. Su tumba es como una montaña, única que podía dar cabida honrosa al último de los canarios.

ATARDECERES FANTASTICOS

II



AGRIMAS de sangre corren por las mejillas del Héroe en forma de fuego. Sus ojos chispean, nervioso todo su cuerpo con la impresión patriótica que le causan aquellos relatos.

Por un momento hubo silencio en las alturas. Resonó como un trueno en los espacios, y rodó sobre las aguas la voz de Tomás Morales, que, desde el pinar de Tamadaba, desmelenado y extático, iba cantando al Teide:

«¡Pico de Tenerife! Titán medievo de azul loriga
Que en Occidente eriges la dictadura de tu reina-
(do,
Y anuncias a los nautas aventureros la playa
(amiga:
¡Atalaya eminente del Archipiélago Afortunado!

Las brumas acarician tu inaccesible frente nivosa,
La lava de tus hombros cuenta a los siglos tus efe-
(mérides;
Y a flor de mar, curvando las morbideces de car-
(ne rosa
—Dóridas del Atlántico—de amor palpitan las
(siete Hespérides.»

... ...

El sol rompe el silencio para contar lo que vió hacer a Maninidra en Africa, y a sus hijos en América; y narrar las hazañas que allí hicieron Juan el Canario, Antón Guanche, Agustín Delgado; haciendo el más entusiasta elogio de los canarios que vió pelear en el nuevo mundo, conquistando a Granadilla del Oro y a Castillas del Angel, fundando a Montevideo, y mostrándose en toda la tierra nobles y valientes.

Luego callaron los tres, tocados del misterio de la noche vecina. Miraron al valle de la Orotava, y vieron que Humbolt hincaba la rodilla, herido por el suave misticismo del cuadro, y que los hombres parecían congregados en un templo ensalzando a Dios que hizo tales maravillas. Del fondo de las Cañadas se oyó una voz que melancólicamente cantaba la folía:

«El mundo tiene una Europa
Y Europa tiene una España,
Y España tiene un jardín
Que son las Islas Canarias.
Las Islas Canarias son
Tan hermosas y tan bellas,
Que parecen siete estrellas
Debajo de un pabellón....»

En el alféizar de la ventana del hotel Taoro, González Díaz, febril e inspirado, trazaba con pluma de cristal rasgos de luz sobre unas cuartillas que perpetuarán la belleza del cuadro.....

... ...

Esto se cuentan y esto ven el Sol, el Teide y Doramas, allá arriba, en estos atardeceres gloriosos; y a veces un ligero temblor colérico recorre las entrañas del volcán, que hace crujir los huesos de su armazón esquelética. Otras muchas cosas se cuentan los tres amigos, añorando aquellos tiempos y aquellos hombres.

Y aún se dice que el Pico, convulso y frenético, arroja rayos de fuego por su cima, envueltos en rojiza lava, que inunda los valles de la isla, arrepintiéndose luego que el Héroe amigo le advierte que va a destruir la patria del gran Tinerfe.

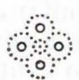
Cuando vuelve Doramas a su tumba, las nubes se arremolinan para ocultar a los mortales su rostro iracundo, y sólo allá abajo, en las vertientes de la montaña, siente la gente un ligero temblor y oyen un sordo ruido que les atemoriza.

El sol recoge al momento sus rayos y se oculta, triste, en las aguas. Y el Teide apoya su cabeza en las blancas nubes, respira fuerte, y mira a lo lejos pensativo, como anhelando una dicha que nunca llega, hasta que es dominado por el sueño, dando ronquidos que no dejan dormir tranquilamente a los vecinos de las Cañadas....

Con Tomás Morales, (1)

«Así te sueño ¡oh Teide! mientras tu cono gentil
(descuellas,
Hoy que te ven mis ojos—el mar por medio—de
(la isla hermana
Desflorar el espacio y hender la linde las estre-
(llas,
Dejando atrás las nubes con tu orgullosa cabeza
(cana...

Así te ven mis ojos, más yo te quiero fosco y bra-
(vío,
porque tú emblematizas con tu perenne desaso-
(siego:
¡Pico de Tenerife, de continente sereno y frío!
¡la victoria más alta, la gran Victoria del hombre:
(EL FUEGO!»



(1) Himmo al Volcán: «Rosas de Hércules, libro I,



PROCESION DE LUCES



CTAVA de la Naval, en el Pto. de la Luz! ¡Fiesta de fuegos y de colores! El entusiasmo popular vibra en infinidad de cohetes que arrayan el espacio con sus aristas de oro.

Las bombas aúnan, al estallar, todos los sentimientos y tristezas, lanzándolos al viento con explosiones de alegría.

Las bengalas se destapan, brotando de ellas los mágicos colores que convierten las calles en una visión de ensueño.

El "Castillo de la Luz" se reviste de multicolores tintes: azulados, verdes, rojos y blancos; y en el seno de la bahía, donde

...tras los mástiles la luna, pensativa,
en las quietas ondas su plenitud dilata;
y en el cielo, invadido por la pereza estiva,
las estrellas fulguran como clavos de plata..., (1)

(1) Rosas de Hércules: "Los puertos, los mares y los hombres de mar".

parece retratarse en fajas luminosas "la policromía de todas las banderas", que brotan del torrente de luz de las bengalas.

La imagen de Nuestra Señora, que da nombre al Puerto, desde un trono de plata difunde su sonrisa sobre el apiñado gentío, mar de leva, que se estrecha y apretuja en las calles, reducidas para tanta muchedumbre de fieles,

"...hijos
Que alegres cantan,
Los ojos fijos
En tu mirada,
Sonrisa bella,
¡Oh, Madre amada,
Polar estrella!".

A su paso, la pirotecnia se desborda en filigranas de fuego y color, que no sabemos si son efecto del azufre y la pólvora, o de la bellísima escultura, trasunto del cielo, que lleva el poético nombre de "Virgen de la Luz".

Giran las ruedas fosforescentes en artísticas y variadas combinaciones, y forman las calles arcadas de color con flores de fuego, que se agitan y revientan en vertiginosos círculos luminosos; de donde se desprenden los rayos dorados de los cohetes voladores: ¡rosas de luz que descargan haces de alegría en el espacio!

¡La playa!

¡Cascadas blancas, de plateada fosforescencia, que siembran sus regueros de blancura en el tranquilo fondo de las aguas!

"El barco y el castillo", el tradicional número obligado de esta noche, dispara sus fogonazos entre el regocijo de chicos y grandes.

Las aguas de la playa de Arrecife recitan quedas una estrofa de amor y cariño a la Reina de los Mares, besando silenciosamente las finísimas y doradas arenas.

Musitan los fieles sus plegarias, que suben a los cielos prendidas en las alas invisibles de los ángeles, cuyo aleteo perfuma la brisa marina que corre agradable y fresca.

El misterio nocturno se interrumpe al paso de la procesión de luces, cantos, faroles, bengalas, ruedas de fuegos, cascadas de plata y cohetes voladores, bajo el límpido cielo azul estrellado de Canarias.

Un marino envía sentidas saetas, con arrobamiento místico, pensando tal vez en su tierra, llamada de María Santísima...

La imagen del celebrado Luján parece responder con sonrisas que se esparcen en círculos azulados por las calles y playas.

Se respira en el ambiente un aroma de alegría; y perfuma el aire la devota imagen, con su niño en brazos, flor de inocencia y de amor divino.

La música desgrana sus notas alegres, como pinceladas sonoras que surgieran de las ruedas de fuego



...lleva el poético nombre de "Virgen de la Luz".

(Pag. 36) (Dibujo de VICTORIO RODRIGUEZ.)

Y se llena el aire, cargado de azufre, de esencias musicales, que rebotan alegremente en la mente y en los corazones.

Puertas y ventanas se enmarcan de velas y de lámparas, y tras ellas, niños y ancianos hacen recordar lo que en hermosísimos versos dijera un poeta: (1)

«*En el altar de la Virgen*
cabe una ciega ventana,
deshilándose en rosarios,
cunde un torrente de lágrimas.
Abre su rosa de luz
el corazón de la lámpara;
suena a rumor de oleaje
el vaivén de las plegarias.»

Pujan los hombres por cargar a su patrona, conduciéndola en triunfo por estas calles del Puerto, adornadas de arcos y banderitas.

¡Qué hermosa esta apoteósica carrera triunfal de la Reina de los Angeles por calles iluminadas de bengalas y ruedas de fuego!

Es un gentío inmenso el que suele concurrir a esta ya típica procesión; de la cual la prensa, por cierto, no suele enterarse.

Estas fiestas, a fecha fija, son los alegres puntos blancos que señalan los días felices de los pueblos, los de alegría sincera y honda, que a todos satisfacen y a todos alegran, y deben conservarse como se guardan los gratos recuerdos familiares.

---

(1) Eduardo Marquina.

Son como los recuerdos de infancia de los pueblos, que alegran y consuelan con su sencillez e inocencia.

Suprimirlos es cortar una fuente de puras alegrías y comunes entusiasmos populares.

La Religión da sello y carácter a las mismas y un espiritual encanto que penetra e invade los resquicios más sensibles de las almas.

La tradición es alma de los pueblos. Arrancarla es quitarle algo de su vida y disminuir el prestigio de sus valores, borrar páginas de su historia, ahogar los sentimientos colectivos de una nación, de una ciudad.

Las fiestas de la "Naval" son típicas y populares, con sus embarques en los remolcadores, suya descrita procesión nocturna, y sus devotos ro meros, que vienen de toda la isla.

La bella y milagrosa imagen atrae las miradas de tantos que la invocan y obtienen de ella singulares favores.

De las cumbres de la isla se distinguen la Isleta y el Puerto, iluminados casi siempre de sol o de luces; y la Virgen cuyo nombre es "Luz" es recordada como faro de esperanza por los canarios en sus cuitas y penas, desde todos los valles y altos de Gran Canaria.

Allí está, sonriendo siempre, aureolada de una leyenda, y dando nombre a nuestro gran puerto atlántico.

....DEL CAMPO

HASTA aquí han sido motivos de la ciudad, o vistos desde ella, los que han salido en estas páginas.

Ahora son los del interior, o del campo; principalmente descripciones de paisajes de la Isla, que en este punto tiene una reserva inagotable.

Difícil será encontrar otro país de semejante extensión, y con una tal diversidad de paisajes, que jamás cansan a la vista por lo variado y atrayentes.

Algunos de estos cuadros que ofrece la pequeña Isla, con sus encrucijadas de barrancos, montes, valles y cumbres, van en estas "ESPIGAS", trigo viejo, entresacado de la parva donde he ido amontonando, como en era espiritual, modestos ensayos y entretenimientos de la pluma.

Tres son las carreteras que con el nombre ya clásico de Norte, Centro y Sur parten de Las Palmas, Capital de Gran Canaria.

La última, la del Sur, comienza con llaneza, como si presintiera que el viajero no debe remontar sus esperanzas. La del Centro, va discretamente subiendo para enseñarnos sus también discretos y curvilíneos paisajes.

La del Norte, en cambio, comienza a subir rápidamente, con la presunción de que tiene mucho y vario que mostrar.

Y quizá haya algo de verdadero en estos presumidos comienzos. Porque el Sur es humilde y llano, con sus molinos y sus castillos. El Centro es más colorístico y presumido, pero no varía mucho sus cuadros, a no ser cuando llega a vista del Nublo. Y la del Norte, se subdivide en triple ramal que conduce a diferentes tipos de paisajes y aspectos: hacia Agaete, en líneas rectas y curvas, con valles hermosos, de plácido aspecto; hacia Moya con líneas mixtas, tendiendo a quebradas, y hacia Artenara y Tejeda, donde, presidida por el Nublo, se complica la geometría del paisaje, en serie de trazos quebrados, completando la gama variadísima que de ellos ofrece la Isla.



ACUARELA POETICA

UN AMANECER EN GRAN CANARIA (1)



L horizonte se despeja... *Las pardas nubes, formando arco sobre el diámetro del mismo, se retiran acorraladas por la luz solar,* (1) como liebres acosadas por un galgo.

En la lejanía, una claridad pálida resplandece como un zócalo sobre las aguas; faja luminosa que se va extendiendo y ampliando poco a poco, hasta tomar las proporciones de un inmenso tapíz rojo (2) que decora la pared del Oriente, en que se sostiene la bóveda celeste, techo del templo inmenso que forman el cielo y la tierra...

---

(1) Coincidió la publicación de este articulo, aparecido en la prensa de Las Palmas de Gran Canaria el 18 de Marzo de 1927, con la estancia en la ciudad del periodista Emilio Herrero, que vino acompañando a los aviadores del hidro "Uruguay" — destrozado en la boca del rio Fatma— transportados a esta Capital en el cañonero "Bonifaz".

De vuelta a Madrid, el referido periodista publicó en el Heraldo del 25 de Marzo del año indicado, o sea, siete días después, un artículo relatando su estancia en nuestra isla; y aparecen en él—según fué reproducido aquí por el Diario—, frases y expresiones similares o iguales a las de mi artículo, publicado con anterioridad en el periódico "El Defensor".

Son tan coincidentes, que lo anoté entonces como curiosidad, y subrayaré en el articulo algunas de las ideas que se reflejan en el articulo

Las estrellas se han ido apagando, oscilando, trémulas, titilantes, como lágrimas que se extinguen cuando vuelve la sonrisa...

Ya el cielo es una conquista de Apolo. Por doquiera penetran sus rayos finísimos, que descubren los secretos de las nubes, dorándolas, se reflejan en las aguas dándoles brillor de perlas, e iluminan las barranqueras de la isla, que respira a la llegada del Sol como el pulmón salido de un encierro continuado y estrecho.

Las sombras se retiran, medrosas de sí mismas, y aparece, desafiante, temeroso, el Teide, montaña de nieve, pirámide de cristal, cantera de azulejos, (3) un beso de la tierra al cielo, atalaya canaria, palmera del oasis atlántico, columna de la bóveda azul del cielo, Olimpo, Echeyde o Infierno, como lo llamaron los guanches.

Todas las demás montañas, siguiendo a su capitán, dejan las sábanas obscuras de la noche, y aparecen cual vigías o centinelas colocados al lado de cada pueblo, de cada valle, de cada pago,

---

del Sr. Herrero, y dejando al buen juicio del lector el estimar si fué imitación, o simple coincidencia.

He aquí, en las diferentes llamadas, los párrafos del artículo del Señor Herrero a que hago referencia en la nota anterior:

(1) "El avión rompía las pardas nubes, que se retiraban como acorraladas y medrosas".

(2) "A nuestra derecha resplandecía como una faja luminosa el mar, que, poco a poco se ampliaba como un inmenso tapiz verdoso..."

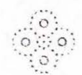
(3) "La cadena gigantesca del Atlas aparecía desafiante como pirámide de cristal y cantera de azulejos "

(4) "La claridad descendía de las montañas, iluminando los risueños valles. ."

(5) "...cubriendo como un manto la superficie de Gran Canaria donde la luz, el clima y las flores constituyen los mejores encantos de sus esplendorosas bellezas."

siendo testigos de sus alegrías o dolores, de su adelanto y prosperidad.

Por fin, la *claridad, descendiendo lentamente de las montañas, e iluminando los risueños valles* [1] y los blancos caseríos, recama de aljófares y diamantes, al reflejar su luz iridiscente en las temblorosas gotas de rocío, la verde alfombra que forma la hierba tapizada de rojas, blancas y azules florecillas; *alfombra que cubre como un manto regio la superficie de Gran Canaria, de esta isla donde la luz, el clima, los paisajes y las flores constituyen sus más envidiables encantos e indiscutibles bellezas.* [5]



HASTA LA VISTA DEL "NUBLO"

La Juventud Católica de la Parroquia del Puerto de la Luz organizó algunas excursiones para solaz de sus socios y conocimiento de la Isla. (1)

Recuerda este artículo una hecha hasta Teror y Vallesco en coche, y hasta la montaña de Constantino, a vista del Nublo, a pié.



OR la carretera norteña suben los coches, acariciados por un airecillo fresco y grato. Hay una neblina blancasa que va iluminando y consumiendo la invasión solar. Cruzamos por Tamaraceite, be-

(1) En aquella fecha era la parroquia del Puerto de la Luz. Hoy diríamos de Ntra. Sra. de la Luz, pues esta parroquia se ha subdividido en siete hijuelas, que representan el aumento extraordinario de la población de nuestro Puerto. Y a principio del siglo aun no existía la parroquia madre, que fué creada en 1909.

Esta Juventud Católica, que recuerda el artículo, fué la primera en la Isla, nacida en el mismo mes de la república, como medio de contrarrestar el malsano ambiente para la Juventud en aquellos años, tan difíciles para la Iglesia y para la Patria.

lémico y pintoresco, y pronto alcanzamos el ramal sur de los tres del Norte, el que va a Teror y Artenara.

Hemos dejado a derecha toda una serie de hermosos paisajes y pueblos, otras veces recorridos: Arucas, con su artístico templo; Guía, elegante y blanca, posada sobre un montículo, como gaviota, a vista del mar; la histórica Gáldar, con el glorioso recuerdo de los guanartemes; Agaete, con su valle y sus ferruginosas aguas; Firgas, bella y aireada, y la no menos que Gáldar histórica e isleña Villa de Moya, todos variadamente interesantes, con peculiares características.

Seguimos la ruta que lleva hacia Teror, bordeando un barranco en cuyo fondo vemos bien cultivados plantíos.

La Isla está hermosísima en sus bellos paisajes, en las perspectivas luminosas y azuladas de los montes, tocados con canarias mantillas de blancas nubes; en el extenso y lejano verde mar de los platanares, con sus puntiagudas hojas, en las esbeltas palmeras que se mecen simbólicas en el espacio, y en las charcas de brea, de ovaladas órbitas y aguas claras, ojos de la tierra que retratan en el fondo de sus pupilas las fantásticas nubes, que van cabalgando en lomos de los montes, y cuyas lágrimas recogen para fecundar la tierra.

Gran Canaria, "isla azul del color y de la luz", ofrecía a la anhelante mirada de los jóvenes el inagotable diorama de sus paisajes, a cuyo atractivo contribuyen juntamente clima, luz, riscos, valles y nubes, y el jugar de éstas al escondite tras sus montes y laderas.

Los coches ruedan chupándose la ahora blanca y aterciopelada cinta de la carretera, al borde de los precipicios; estremecen la tierra y el espacio con la trepidación de sus motores, y muerden rápidos las curvas, al cruzar los flancos de las montañas tras las enfileradas arboledas que marchan vertiginosas hacia atrás. Miran el camino andado en las obligadas vueltas, y brincan sobre el barranco de Teror, valiéndose del trampolín del viejo puente, alto y estrecho, que resiste con valentía de canario indígena el peso de cien años de existencia, con sus cruzadas de peregrinos. En su fondo las ñameras crecen frondosas, regadas por el agua escurridiza que a su vez ellas sombrean en culebreada línea de anchas hojas verdes.

Cuanto más nos acercamos a Teror, más varia se muestra la naturaleza, más emotividad presenta su superficie, ondulada y trenzada por cauces y riscos, como si esta tierra, al encontrarse cerca de la que a través de cuatro siglos preside sus penas y alegrías, latiera también emocionada.

Vueltas y más vueltas, árboles y más árboles, tuneras, geranios, caseríos diseminados, casas perdidas en el barranco, mar de verdura; cuevas antiguas, nidos de águilas, reliquias de la población indígena; agua fresca y ácida, y, por fin, el hermoso valle que parece una concha de todos colores, donde se encierra, sobre fondo verde, la perla divina de Gran Canaria, Nuestra Señora del Pino.

Entramos en la iglesia-basílica, que tiene suave olor a incienso.

Respiramos con satisfacción en aquel ambiente espiritual, postrados de rodillas en la tierra que durante cuatrocientos años contínuamente ve desfilar multitudes de devotos romeros, y elévanse sus ojos con amor hacia el retablo donde reina y brilla, más que el dorado de las columnas, nichos y arcos, la veneradísima imagen de la Patrona de Gran Canaria.

Un

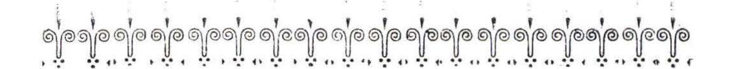
"Dios te salve, Reina y Madre",

se eleva en espiral, y, taladrando el estucado techo, se remonta, ¡simbólica azucena, flor de inocencia!, para desflorarse ante el trono de Dios, donde los ángeles baten sus alas multicolores.

El Rvdo. Párroco de Ntra. Sra. de la Luz, Don Matías Artiles, reúne los sentimientos de todos y los deposita, ¡bello ramo de flores!, a los pies de la Virgen, que parece sonreir; y mueve con su cálida palabra los pétalos entreabiertos de las almas juveniles, describiéndonos a María como "dulzura, vida y esperanza nuestra".

Rezado el Santo Rosario, una voz femenina cantó la «Salve», último homenaje, ósculo de cariño inmenso de todos los hijos de Gran Canaria a su Patrona, la Virgen del Pino.

¡El pueblo de Teror contempló con simpatía la nota de catolicidad ofrecida por los jóvenes católicos, que adornaban sus pechos con la cruz de Cristo!



HASTA LA VISTA DEL "NUBLO"

II



OS coches siguen ahora su camino. Se alejan de la risueña villa, y se pierden en las curvas, envueltos en la blanca cinta de la carretera...

Cuando después contemplamos las nubes arremolinadas sobre el caserío blanquinegro del pueblo, creíamos ver en ellas el humo del incienso, formando oleadas en que iban mezclados los suspiros, las lágrimas y rezos de las generaciones de Gran Canaria.

Subimos, como en viaje aéreo, por entre la neblina. La atravesamos, sintiendo su frío rozar nuestras mejillas con un airecillo sutil de agua fresca.

Las tierras de Valleseco se nos presentan con su brillante vegetación, sobre la que resalta la nítida blancura de sus casas, semiocultas tras los

árboles frutales, como navecillas en un lago de aguas verdes, cuyas olas forman irregulares y caprichosos juegos y cascadas; o palomas blancas, posadas en la verde marea de la hierba: la parroquia es como un cisne blanco que preside la suave quietud del palomar...

Algunos pinos estrechos, finísimos, dijéranse surtidores que levantan un delgadísimo chorro de verdor.

"Lanzarote", un pago, confirma nuestra buena impresión de Valleseco. ¡Qué hermosas perspectivas y gratas arboledas ofrece este rincón!

Y al terminar la subida del valle se nos ofrece éste en todo su conjunto, con al fondo la Isleta, la Playa de las Canteras, el blanco caserío, los muelles y los barcos del Puerto, que parecen unidos a Valleseco, tras un lomito, por un contraste visual que acorta idealmente las distancias.

Y, tras un recodo del camino, todo este paisaje se nos pierde, para aparecer otro de cumbre y alturas peladas.

A derecha, en el fondo de hondísimo barranco, el pago de Valsendero, verdadera "Aldea Perdida", con su ermita, sus huertos, sus casas, como flotando en altibajos sobre aguas del barranco. A izquierda, el pago de "Madrelagua", con una naturaleza menos quebrada que la de Valsendero, bellamente atractivo, estampa de la paz y la quietud. Hacia arriba, los negruzcos picachos de las cumbres, con sus manchas amarillentas de hierba seca...

Llegamos a do llaman "Cueva-Corcho". Dejamos los coches y proseguimos caminando por los

llamados "peñones", a cuyo pié mana una fuente. Siempre subiendo, avanzamos cumbre arriba, hasta ver el eje de Gran Canaria, algo así como su "púa" si ésta fuera un trompo: el mayestático roque Nublo. Los más animosos se adelantan, ansiando ser los primeros en contemplar su silueta altiva, que no tardó en aparecer tras los montes y degolladas.

La majestad férrea del monolito impone. Taladra las nubes, se afila para penetrar los misterios del aire en las alturas inaccesibles, a las que se eleva con gallardía noble y arrogante. Diríase ser el jefe de aquella cuadrilla, más bien, ejército de pinos hieráticos y rígidos, que, en los abruptos riscos de los pinares, aguardan, como falange isleña, su creciente destrucción por manos villanas.

El Nublo es un gran pino fosilizado, sin ramazón, la momia de Artemí pretrificada ante el tremendo espectáculo atlántico, a la vista de una tormenta de tierras, inundación ingente de riscos.

La cruz de la montaña de Constantino abre sus brazos para bendecir la maravillosa sublimidad del cuadro, y el espíritu se llena de admiración hacia el creador de tanta belleza, hacia Dios, representado en la cruz, y cuya sabiduría deja entrever por un resquicio de la naturaleza la inmensa hermosura y grandeza de sus atributos infinitos.

Respiramos satisfechos, y recordamos las hermosas estrofas del cristiano y exquisito poeta canario Tabares Bartlett:

«¡Cuán bellas, aromadas, seductoras,
se suceden las horas
en campo abierto y soledad tranquila!

Parece que en un éxtasis profundo
entre el cielo y el mundo
el alma libre de la carne oscila!

¡Allí se adora a Dios: son sus altares
las cumbres y pinares;
basílica sin fin el firmamento,
hostia la luna que al espacio sube,
incensario la nube,
oración inspirada el pensamiento!

¡Allí todo es verdad, Naturaleza
exhibe su grandeza.

Pero es el aire que a aspirar convida,
pura la sensación que nos produce
cuanto a los ojos luce.
¡Oxígeno del alma y de la vida!» (1)

Un buen rato nos detuvimos, respirando aire fresco de cumbres, ante paisajes secos, pero grandiosos, de sierras calcinadas y negruzcas, que, no obstante, ocultan en los fondos de sus valles pagos llenos de vida, de verdor y de aguas.

* * *

Con lástima hemos de desandar el camino. El campo sentaba muy bien a los jóvenes que respiraban ambiente de ciudad.

---

(1) Poema «La Caza».

Hacia abajo, hacia Las Palmas, la naturaleza había tendido un mantel blanquísimo de nubes. ¡Qué hermoso espectáculo!

Volvemos a cruzar la densa niebla, que casi se respira y nos impide la vista de los paisajes. Valleseco y Teror se hundieron en un mar sin fondo de nubes, y un vacío blanco y gelatinoso nos ha hecho desaparecer al aspecto de Gran Canaria. De pronto, inesperadamente, como al correr de un telón, vuelve a presentársenos Teror y su campiña gratamente hermosa. Descendemos las vueltas de la carretera, y pasamos de nuevo junto al santuario terorense.

Los coches toman ahora el camino de Arucas. El aire está cargado de agua, y una neblina sutil besa los montes. Los pagos aparecen emburujados tras sus gasas sutiles, como entre madejas de obscuro estambre.

El horizonte se pierde borroso tras el difumino del manto violado de las nubes opacas. Parece que la naturaleza llora con los jóvenes que se alejan de la Reina divina, suspirando la protección de su amparo en los senderos de la vida y tristes circunstancias de la Patria.

Quedan a la izquierda los bosques de Osorio, y a derecha, por el resquicio de las nubes, se ve un poco del caserío del Puerto de la Luz, luminoso y blanco.

Cruzamos las llanuras del Palmar. Divisamos entre rocas la ermita de N. S. de las Nieves de la Peña, y nos alegra el verde paisaje extendido de

la vega que desciende hacia Arucas, rica alfombra que llega desde el mar hasta las faldas del Pico.

Un pequeño acueducto cruza la llanura con pretensiones de gran cosa, allá por do llaman «Los Castillos».

Arucas nos presenta su bello caserío, coronado por la elegante y artística iglesia, con sus torres esbeltas y azuladas.

El pago de Los Portales está rodeado de multitud de charcas de tierra, que alegran con el reflejo de las aguas, siempre atractivas en estos campos. Contamos hasta treinta pozos.

El sol ya iba a su ocaso, y la luz suavizada invadía con pálidos rayos el paisaje verde de la llanura-alfombra que desde el Pico Osorio desciende hasta el mar, recamada por las casitas, los tanques y la iglesia de Arucas, hermoso dibujo en resalte de este tapiz del campo canario....

Poco más tarde, los jóvenes entraban de nuevo en las calles del Puerto, cantando su himno:

«Juventudes Católicas de España,
galardón del ibérico solar,
que lleváis en el fondo del alma
el ardor del más puro ideal...

. . . .

Llevar almas de joven a Cristo
inyectar en los pechos la Fé,
ser apóstol o mártir acaso
mis banderas me enseñan a ser.»

CENA EN UN VENTORRILLO



UIMOS varios amigos a Teror la víspera de la renombrada festividad de Nuestra Señora del Pino, «a ver los fuegos», como dicen, y también la hermosa «vigilia», con ambiente de gran santuario, que en honor de la Patrona de Gran Canaria ese día se celebra en las naves de la venerada basílica.

Aquélla había terminado, y la plaza se colmaba de romeros y fieles devotos que salían del templo. Era la hora del ruido y la alegría callejera, cuando, según dice el poeta,

«del ventorrillo en la sartén caliente
su perfume el adobo da al ambiente:
convida el tinto, que el romero apura...,
y el ágil volador en raudo vuelo,
los aires hiende, se remonta al cielo,
y rompe en llanto aurífero en la altura»;

lo que parece recordar otros versos del gran Lope:

«Con curso más veloz que las saetas
al cuarto cielo van como correos
por el aire cohetes o cometas...

. . . .

dan voces en el aire, mueren luego,
dejando el humo por señal del fuego...» (1)

Digo que era ya bien anochecido cuando he aquí que se nos ocurre comer. ¡Vamos! No se nos ocurrió; es que teníamos el estómago frío. ¡Vaya ocurrencia!

Y buscamos donde darnos un banquete, que tal había de ser según el dicho de la indiscutible Teresa Panza, mujer de Sancho: «La mejor salsa del mundo es la hambre; y como ésta no falta a los pobres, siempre comemos con gusto».

Dicho está que éramos estudiantes, que es sinónimo de pobres, y con las bocas llenas de telarañas por falta de pan que hiciera de escoba; y encima, ahitos de calabazas y con los codos rotos. De donde se puede colegir que teníamos un apetito y unas tragaderas como la boca de un túnel, capaces de devorar un interminable tren de mercancías.

Pues sí; se nos ocurrió comer. Y vimos sobre una de aquellas casitas blancas, llamadas por el vulgo «ventorrillos», y que en lenguaje quijotesco se llamarían «hoteles de mármol», un letrero que decía: «Ila Canaria».

¡Qué bien! Sólo con el nombre se nos agudizó el apetito.

---

(1) Poema «Las fiestas de Denia.»

¡Allí! ¡A la «Ila Canaria»!—nos dijimos enseguida—¡Con las ganas que traemos!

Y así diciendo nos entramos por el lujoso hotel, todo blanco como la luna, excepción hecha de los calderos humeantes, de la «carajaca requemá» y aún de lo que en la sartén parece que se freía, a juzgar por lo que chillaba. Todo envuelto en un delicadísimo olor a .. ámbar, cosa que exasperó nuestro apetito.

Sentámonos. La dueña de la fonda encantada, —¡oh, bellas ilusiones de Don Quijote!—se presentó muy atenta.

—Traiga usted arroz con pollo.

—Ya eso se acabó.

—Pues traiga un pavo relleno; es lo mejor para estómagos vacíos.

—Tampoco. Lo mejó pá la jambre es papa, gofio y pescao salao—respondió la dueña.

Uno se acordó de la ila, la anunciada ila:

—Traiga usted de la «ila canaria».

—¿Qué?—dijo la vieja extrañada.

—«Ila, ila canaria», de esa que está anunciada en la puerta—le respondimos.

—Ustés no se rían, mis jijos, que ya tengo dientes.

—¡Cómo! ¿No está anunciada la «ila» allí en la puerta?

—No, señoritos; aquello es el nombre del ventorrillo, y quiere isir la «ila de Gran Canaria».



¡Allí! ¡A la «Illa Canaria»!... *(Pág. 59)*

—«Ila del país», ¿no es éso?

—Quiere isir esta ila, la tierra en que vivimos.

—¡Ja, ja! Con que nos íbamos a tragar la isla entera! ¡Chico atraganto!—dijo uno.

—Pero, oiga, abuela—le dijo otro—no se dice ila, sino isla, is...la, con «ese», ¿entiende? «Ila» es la carne que viene pegada al tocino.

—¡Definición filosófica!—le interrumpimos.

—¡Qué ila! Eso se llama «jila»—dijo ella.

—Bueno, como sea—dijimos los demás-; tráiganos algo, aunque sea papas y gofio, porque así no acabamos.

—Ni empezamos—dijo alguien.

Mientras comentábamos el chasco, la buena señora nos sirvió lo que tenía. Y porque no lo sepáis, es mejor pasar a contar y explorar lo que en el ventorrillo pasaba y había.

* * *

A continuación de nosotros estaban dos que a la legua conocimos ser peninsulares. Uno traía un gran bigotazo. A juzgar por el modo como engullía trozos de pan, mojados veinte veces en una taza de café, no habían tampoco de encontrarse hartos.

Otro grupo nos llama la atención. Un par de tres muchachos que en la mesa de enfrente hacían

lo que nosotros: comer y reirse. Aquellos eran canarios puros; morenos, tostados, y con un apetito fenomenal.

Parecían pájaros en una pajarera. De cuando en cuando se limpiaban a una la boca los tres en el mantel de la mesa, y luego los labios en las mangas de sus chaquetas. Por las trazas se veía que eran pobres niños que vivirían del betún, o de vender periódicos.

Todo su divertimiento—fuera del principal de engullir—, era quitarse unos a otros el pan que les iba quedando. Para esto se alzaban, daban coscorrones, agarraban, pellizcaban, y se volvían a sentar. Y luego nos miraban de reojo, para ver qué cara poníamos nosotros a aquellas travesuras, nosotros a quienes mirarían como señoritos finos. Y como nos hacían gracia, se reían, ponían algo serios, y volvían enseguida a la pelea.

En cuanto a los vecinos, no agradaban a la pajarera, y comentaban entre sí:

—Mira aquél de allá que parece un emperadó.

—Y el de acá un «papagüevo»—decía el otro.

—Se parece tóo al guardia municipal del Parque.

—¡Ja, ja!—Y se reían los benditos como si todo el mundo fuera suyo.

—¡Mira qué bigotes tiene!

—Y soltaban la carcajada, mientras con la mano se tapaban la boca llena.

Nosotros nos llegamos a contagiar de su risa, y amenizamos la comida con las gracias de la chiquillería. Pensamos que eran felices con un plato de garbanzos y un cacho de pan, más aún que los que lo comen en abundancia, haciendo veraz la dicha frase de la mujer de Sancho.

De afuera venía el rumor de la fiesta: gente, fuegos, música, parrandas, cantos de folías con guitarras, cohetes, turroneras que pregonaban el buen turrón de Alicante, los molinillos girando, disparos a perra gorda para la suerte, la caja con bolas de lotería, sonando para atraer al público a la sempiterna rifa, y la guitarra de una «parranda» endulzando tanto alboroto:

«Una sábana, tres palos,
carne de cerdo, buen vino,
carajaca requemá,
¡ya está jecho un ventorrillo!»

Nada más oportuno para hacernos conocer donde estábamos. Enseguida nos salimos a tomar... fresco. La música y los fuegos nos hicieron olvidar las penas. La banda era la de Guía, que tocaba como en sus mejores tiempos. Nos pareció una banda modelo, digna para la fiesta principal de la isla.

Con la última pieza de fuego hubimos de dejar a Teror, la ciudad religiosa, la «levítica, con sus monasterios oliendo a incienso y sus campos oliendo a tomillo», como dice su ilustre huésped don Francisco González Díaz. De lejos, veíamos como

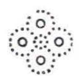
«...el ágil volador en raudo vuelo
los aires hiende, se remonta al cielo,
y rompe en llanto aurífero en la altura...

. . . .

dan voces en el aire, mueren luego,
dejando el humo por señal del fuego.»

* * *

Al día siguiente, entre el tumulto de la pláza, vimos a los canarios del ventorrillo, pregonando y vendiendo "El Defensor de Canarias", que aquel día traía un extraordinario a la Virgen del Pino. Les compramos un número, haciéndonos explicar la causa de sus risas, que eran, en parte, las tragaderas de los vecinos. Y casi nos hacemos amigos de los alegres vendedores, a quienes en verdad ya no podíamos decir: ¿de cuándo a cuándo hemos comido juntos?





APUNTES POETICOS



ASA con ciertos pueblos como con las personas: que se dan menos importancia cuanto más valen. Valleseco vale mucho y se conoce poco. Oculto como humilde, ostenta bellas prendas dignas de ser contempladas.

Cuando el Creador hacía la tierra singular de Las Canarias, aplicando a ellas sus cinco sentidos, si así podemos decir para manifestar la extraordinaria hermosura de nuestras islas, puso veinte en moldear el paisaje de Valleseco, en dibujar bien sus montes y sus valles, en llenarlos de barranquillos amenos en todas direcciones, entrecruzados y armónicos, y en poblar de árboles toda esa belleza. Construyó cisternas dentro de los riscos que con picachos imponentes y profundidades vertiginosas dan variedad al aspecto ondulado de estos campos, para que el agua, brotando por todas partes,

fuera con su rumor pregonera de tan buenas cualidades. Adornan todo esto una lluvia de pájaros cantores, en mayoría canarios, que con sus trinos y gorjeos hacen de estos campos como una pajarera de grandes dimensiones, alegrando las apacibles tardes y mañanas luminosas en que se perfilan claramente las curvas artísticas de nuestros montes, árboles y laderas.

Una de las más agradables prendas del campo, después del arbolado, es la quietud, que en estas cercanías de la cumbre es señora de los paisajes, dando calma y serenidad al espíritu en la contemplación de los mismos. La mucha disgregación de las casas y de los barrios, añadiendo encanto al conjunto, es el factor del silencio augusto de estos montes y de estos valles; pero no un silencio de soledad, porque nadie se puede sentir solo entre estos campesinos. Es una soledad agradable, casi ideal, donde cada casa es como un palacio con jardines, praderas, huertos y barrancos. También es de notar la extraña sonoridad de estos rincones.

Es tal esta resonancia que se oye cuanto se hable o cante a distancia. Por eso decía que, aunque se está en un saludable aislamiento, no es éste de soledad y desierto: nada más lejos de estas arboledas de trinos y gorjeos, sembradas de rústicas casas que asoman sus modestas fachadas por los claros verdes de los nogales y castaños.

Estos poéticos caserones, con sus enredaderas, sus parras y sus flores, despiertan sentimientos parecidos a los que Fray Luis de León expresaba con estos versos:

«¡Qué descansada vida
La del que huye el mundanal ruido,
Y sigue la escondida
Senda...»

La neblina suele a veces ocultar tanta galanura bajo un manto de gasas refrescantes, tejidas con hilos de agua; y la desaparición súbita de colinas, valles y barrancos es fuente de agradables impresiones. Es la realización de un viaje en aeroplano por desconocidas partes inundadas de nubes. Entonces el alma humana siente desprenderse de la tierra y volar a esferas más puras y elevadas, quedando aislada y distante de terrenas miserias.

Sólo los árboles se dibujan en medio de la invasión de niebla como vestiglos temblorosos impulsados por el viento. Bajo sus movibles y frescas ramas se ha dormido toda la melodía de notas de los pintados pajarillos, que esperan la llegada del sol para vivir de nuevo alegres y bulliciosos.

Cuando el sol vuelve, ellos volverán también a cantar, y los campos a lucir sus colores y los huertos sus maizales; y los valles y barrancos a quebrar la luz en infinidades de gradaciones, espejo de la hermosura del Divino Hacedor, que, como dijo el poeta:

«Mil gracias derramando,
Pasó por éstos sotos con presura,
Y yéndolos mirando,
Con sólo su figura
Vestidos los dejó de su hermosura.» (1)

(1) S. Juan de la Cruz «Cántico espiritual.»



BARRANCO DE LA VIRGEN

EN un amanecer espléndido, del que se podría decir:

«Su cinturón rosado
desciñe la mañana.
El día ha despertado
flechando en la solana»..., (1)

vamos a penetrar en el Barranco de la Virgen, rincón sosegado de estos campos.

La luz se difunde abundantemente sobre los valles y caseríos. El Pico de Osorio poco a poco descubre la esbeltez de su figura, envuelta en sábanas de neblina; y por doquiera la luz se filtra, infundiendo color y calor en la naturaleza.

Partiendo de Valleseco, dejamos a la derecha el barrio de Zamora, pintorescamente oculto entre los árboles. A la izquierda, el Barranquillo, por

(1) Rosas de Hércules,--Tomo II—Alegoría del Otoño.

uno que hay en el fondo del valle, pequeño, cubierto de huertecitos, donde brilla el oro del trigo y agrada el verde de los maizales; terminando en una continuada línea de árboles que se enfilan largamente, como soldados en marcha.

Enfrente está la casa solariega de Don Benito Navarro, decano que fué de los maestros en Gran Canaria y un patriarca de la enseñanza en estos campos.

A lo lejos, otros barrios aparecen con sus caserones blancos y antiguos, con largos corredores, rodeados de una arboleda en la que graciosamente se esconden.

Desde el «Lomo Enríquez», de lo más elevado de su corcova, se ven Firgas y Moya, cada cual a un lado del «Barranco de la Virgen», que está enfrente, con sus elevadísimas paredes taladradas de cuevas, habitaciones de los «canarios», en las que vivió el «rey pastor», Doramas, cuyo nombre llevan aquellos riscos. La visión del barranco desde el sitio en que estamos es imponente.

El Pico de Osorio, a la derecha, esconde su lomo en las nubes y baja hasta el profundo barranco.

A lo lejos el mar brilla intensamente, y en las cumbres de Gran Canaria el sol reverbera en los macizos de basalto. El aire embalsamado nos trae ecos sonoros de lejanas armonías. La mañana se entra por los sentidos, y nos rodea de su risueña y fresca claridad.

Bajada una cuesta, nos hallamos en el cauce del barranco. ¡Qué sitio más pintoresco! El agua baja

ruidosamente por la acequia de Arucas, resuena entre las peñas, escúrrese entre ñameras, brota por varias partes. Canta en las pequeñas alturas, murmura mansamente en la acequia, arrulla al deslizarse entre guijarros, y hace voltear con fuerza la rueda de un molino que la esparce en hilachas blancas, como gigantesca regadera.

El «Barranco de la Virgen» es un pequeño poema al agua, cantado en diversidad de tonos y melodías, que alegra con su grata y fuerte sonoridad.

Agrandan esta belleza las alturas de las vertiente del barranco, los árboles que crecen en ellas, sólo visitadas por los pájaros canarios, a los que diría Lope de Vega:

«¡Ah, pajarillos canarios,
cuyos sabrosos piquillos
andan picando ramillos
por esos árboles varios!»... (1)

* *
*

Los maizales parece descender como un río de aguas verdosas. Los árboles frutales perfuman el ambiente. De no se sabe donde, brota un cantar, con ecò misterioso y dulce, acompañado por el rumor de las aguas.

Esta «hermana agua»—como diría S. Francisco—nos recibe solícita, con su canción de paz.

Y ora brinca sobre las piedras, ora deslízase serena por la acequia, ora se escurre entre cañaverales y ñameras. Ya atraviesa sobre un puente

(1)—Comedia «Los guanches de Tenerife»

de palo los precipicios, ya sube por un tubo desde el barranco a los cercados altos, ya salta luego abiertamente desde éstos a aquél, formando arco de cristal sobre nuestras cabezas.

El agua es aquí como un perro, que nos ladra, brinca, huye, salta las piedras.

Ya cae en pequeña catarata, rompiéndose entre peñas, ya descende en hilo de lo más alto de la montaña, como una sarta de perlas echadas a rodar, quebrándose entre guijarros; ya se divide en los múltiples canales que presenta la corteza del barranco, donde juegan uniéndose, separándose, para al fin marchar unidas amigablemente.

A veces atraviesa por debajo de la tierra y se impregna de las substancias minerales que a su paso encuentra, para ofrecerse brotando alborotadamente de una roca, con fuerte sabor agridulce.

Otras veces forma charcos bordeados de limo, que son los espejos donde se miran los árboles y los riscos; y que reflejan la belleza del «Amado», o el Creador, que diría S. Juan de la Cruz:

«¡Oh bosques y espesuras,
plantadas por la mano del Amado,
oh prado de verduras,
de flores esmaltado
decid si por vosotros ha pasado!

¡Oh cristalina fuente
si en esos tus semblantes plateados,
formases de repente
los ojos deseados,
que tengo en mis entrañas dibujados.» (1)

(1) Cántico espiritual.

Los eucaliptos que nacen en estas vertientes se elevan como una exhalación para dominar los aires.

Algunas están llenas de agujeros que las hace parecer colmenas colgadas de riscos. Sin duda, muchas fueron viviendas de los canarios, de aquellos que seguían al legendario Doramas, cuyo nombre va unido a aquellos precipitados caideros.

Dicen las historias que al concebir Doramas el ideal de unir las fuerzas de la isla para defenderla de los invasores, atrajo a sí a la juventud isleña, y vino con ellos a habitar estos parajes, entonces selva inmensa de árboles que cantó Cairasco:

«*Aquí florece la admirable selva*
que el nombre ha de heredar del gran Doramas,
do no entraría discreto que no vuelva
con rico asombro de su sombra y ramas.

El que mejor escribe, se resuelva,
que es digno de sus versos y epigramas;
y aun al sagrado Apolo le parece
que no ha de darle el punto que merece.»

A este bosque «casi nada era comparable por su espesura, lozanía, verdor y deliciosa frondosidad», según Viera y Clavijo.

En esta, pues, que se llamó «Selva y Montaña de Doramas», porque en ellas puso su tienda-cuartel el héroe de Moya, los secuaces de este caudillo respiraban juntos resina de pinos y sangre de dra-

gos; descansando bajo la sombra de los verdes tilos y en el silencio y «soledad sonora» de la intrincada selva, como diría el antes citado místico.



PAISAJE MOYENSE

A típica floresta cantada por los poetas ostenta aún sus restos en Moya, que, enhiesto sobre un profundo barranco, rodeado de árboles, con sus casitas nuevas y blanqueadas, sus calles rectas y limpias, da la impresión de un pueblo alegre, de una villa fresca y sonriente, de hace pocos días.

Moya evoca recuerdos y motivos canarios. La historia de Doramas está dibujada alrededor de este pueblo pintoresco y tranquilo. La selva que de aquel guerrero tomó nombre, elegantemente cantada por Cairasco, que puede ser uno de los cuadros afortunados que el Tasso pinta en su Jerusalén Libertada, al encantar al Héroe en nuestras islas, es para el canario manantial de emociones isleñas, anteriores a la época de la conquista.

Aquella selva que inspiró al citado poeta sus versos, el rumor de cuyas ramas movidas por el

viento atlántico impulsaba las mejores cuerdas de su lira poética, a cuya sombra el general Morales descansó, adormecido por el recuerdo de las rudas batallas sostenidas por el honor de España; aquella floresta encantada, cuartel general del legendario rey pastor de nuestra historia, aun hoy día atrae a los canarios, que a los restos de ella acuden para solazar su espíritu en un ambiente grato y sereno, lejos "del mundanal ruído" de nuestra gran Urbe.

A ello se une ahora el recuerdo del moderno poeta Tomás Morales, que nos describiera el misterio del bosque en su hermosa poesía "Tarde en la selva":

«Y el alma se hizo copia de esta virtud silente;
por su influjo, el ensueño tornóse trasparente
è iba hundiéndose en una renunciación discreta.

La soledad y el ocio, amigos del poeta,
vestían mis quimeras con ropajes corpóreos
y eran trasuntos vivos los efluvios arbóreos...»

. . . .

Y el poeta hace la elegía del "tilo" caído por hacha traidora:

«Grave señor del bosque, que sobre el verde
inmóvil y maltrecho, yaces abandonado: [prado,
no abatieron tu frente gloriosos capitanes,
sino el golpe pechero de los ruines jayanes.

Ya, sobre tus cabellos, no volarán los ruidos
propicios al geórgico misterio de los nidos.

Tus frondas, que escucharon silvestres cantares,
caldearán, ahora, los ahumados llares
de la pobre encina o el salón solariego
y estallarán dolidas a los besos del fuego.
Mientras tanto, en el seno de la selva sombría,
tu cuerpo mutilado flagelará la fría
caricia de invierno... Pero el tronco marchito
volverá a fecundarse con el calor bendito,
y, activamente henchido de vitales renuevos,
cubrirá sus arrugas con los retoños nuevos,
cuando llegue en el carro del aura mensajera,
precedida de un rayo de sol, la Primavera.»

Los restos de aquellos celebrados bosques, en el barranco de Los Tilos, adornan y embalsaman la Villa de Moya, que atrae al forastero por sus arboledas, y por el suave ambiente de su clima.

Tiene una iglesia discreta, de sabor canario arcaico, y una casa que fué cuna del gran poeta, cantor del Atlántico.

Además, el paisaje es hermoso. Fuera de los Tilos, rincón de la selva de Doramas que aun se admira, el conjunto que contemplamos desde el pueblo es pintoresco.

A la izquierda, mirando al norte, un profundo barranco agrietado y estrecho, en cuyo fondo culebrea una serpiente de agua escurridiza y sonora, que parece jugando al escondite en las encrucijadas del cauce, retorcido y resbaladizo.

El barranco de Azuaje, un poco más alejado, a derecha, muestra no menor hondura, sobre la que cruza el automóvil por el atrevido corte de la carretera, sobre el vertiginoso declive de la tierra, sin

faltar el murmullo del agua alegrando el salvaje aspecto del precipicio, agua ferruginosa y ácida, cuyo cauce señala una prieta línea de ñameras siempre verdes.

Un hermoso hotel a medio construir se halla encajonado, por así decir, entre dos riscos, junto al naciente del agua "agria".

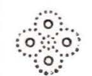
Hay un contraste fuerte e interesante, por lo abrupto del canal que forma el cauce del barranco, estrechando sobre nuestras cabezas los aguzados colmillos de enormes peñascos, que parece van a caer deshechos sobre nosotros. El culantrillo araña de verde la fealdad del risco; y en la picota se eleva, sencilla y humilde, una cruz, puesta allí por las "flechas" acampadas, un 25 de Julio, en recuerdo del teniente José Rodríguez Artiles, caído un día de Santiago, cuando aquella defensa heróica del Ebro por los bravos Tiradores de Ifni, después de su hermano, el llorado Mario César, primer caído de la Falange Canaria.

Allí está la cruz, como un ideal, señalando el sendero luminoso de los cielos, a do ascienden las almas de los caídos por Dios y por la Patria.

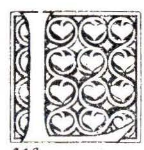
Mirando hacia el mar, desde un alto, verdes huertas, platanares inmensos cuyas hojas acuchillan el aire; estanques rebosando agua, donde se reflejan las nubes blancas y el cielo azul, receptáculos de las lágrimas de las tormentas y de los rocíos, tan deseados en estos campos. Reflejan los tanques los rayos solares, y brillan como espejos de plata, que son luego oro de libras esterlinas al producir los dorados racimos.

Desde aquí se aprecian los paisajes tan gratos del norte, los múltiples caseríos blancos, moteando la verde extensión de los plantíos, y el mar que riza de espumas, encaje de olas, las negras siluetas de la costa. Allí se rompe eternamente el empuje atlántico, y se canta la canción secular de los mares bravíos, en la lucha contra las tierras rocosas y abruptas.

¡Qué bella y atrayente es la mirada que se tiende desde un altozano de los campos moyenses, sobre la planicie verde de la costa norteña de Gran Canaria!



DESDE LA "DEGOLLADA DE LA CRUZ"


AS «degolladas» son los ejes matemáticos en la geometría del paisaje canario. Suelen ser los puntos estratégicos desde los que se aprecian los aspectos diferentes de la isla.

Enlazan los opuestos rasgos y empatan la variedad de valles, montañas y barrancos.

Una de las más llamativas es la de la «Cruz de Tejeda». Los brazos del leño sagrado señalan, ¡veleta divina!, dos mundos diferentes: suavidad y aspereza, valles y riscos; líneas curvas y líneas rectas, horizontes quebrados y planicies onduladas.

Hacia allá, hacia la Aldea y el Nublo, geometría de imaginarias figuras, mar bravío, cuyas olas se petrificaron al conjuro de un encanto.

Inmóviles en el puesto que ocupaban en el preciso instante, las crestas del Nublo, Bentaiga, el Roque, etc., son como los icebergs de ese océano

tempestuoso, flotando sobre la enorme agitación y quebrantamiento de un mar de riscos. Danzantes fantásticos sobre las destrozadas moles de un paisaje hundido y profundamente rasgado en sus entrañas, ejecutan aquellos monolitos un bailoteo negro de espanto, que pasma al contemplar la inmovible ascensión de los informes pedruscos.

Las cordilleras petrosas se cruzan y cortan como los hilos de un telar imaginario, o como olas de dos mares de piedra, opuestos y encrespados, que se encuentran allá en lontananza, en la lejanía borrosa, dándose fraternal y grandioso abrazo.

El pinar presenta con altivez el ejército portentoso de pinos que, gigantes atrevidos, se asomaron a lo hondo de aquellos precipicios, quedando de terror inmóviles, como guerreros espantados ante el abismo.

Y en medio de ese mar, Tejeda y Artenara, con sus casas y cuevas, lanchitas de pescadores en un torrente borrascoso, desafían el embate del sol, la tierra y el viento, curtidos sus habitantes el cuerpo y el alma a la vista de ese espectáculo profundo y atlántico.

Tiende su mirada imperiosa el Nublo, que amenaza desde la altura con gesto de luchador invencible. El comunica sus secretos al Bentaiga que, en la noche callada, le envía mensajes de amistad y conjuros de miedo, confundidos con ladrar de mastines y monótono croar de ranas.

El abad de los monolitos, arrodillado, sobre un reclinatorio de rocas, misterioso, es el vigía eterno de aquellos que, como él, parecen ascetas y viven en los riscos, penitentes, en misteriosas soledades.

Mirando hacia la otra banda, el paisaje tiene una geometría curva, de líneas suaves y onduladas, con coloraciones azules. Si nos subiéramos sobre la montaña de Constantino y tendiéramos plácidamente la vista sobre la llanura verde e interminable, suavemente trenzada, que a nuestros pies se extiende, veríamos a Valleseco, nidal de palomas, a la falda del pico de Osorio, que les ofrece su lomo de caballo para transportarlas a regiones elevadas e imaginarias.

Allá, más abajo, obscura gaviota a orillas del mar, Arucas, centro del círculo verde, inmenso, que forman sus huertas. Y oculto entre los suaves tonos de la neblina, el Puerto de la Luz, que confirma su nombre, apareciendo fantástico, iluminado, como un navío enorme encallado en el istmo del Guanarteme.

«Lagunetas», a nuestros pies, nos presenta la alegre vista de sus huertecitos; y allá, en otra lejanía, la montaña de Gáldar, artísticamente labrada y semejante al Teide, eleva la flecha aguda de su cúspide y nos recuerda las gestas canarias, de aquellos hombres de almas bravas como estos riscos.

Volviendo la vista, miramos de hito en hito al sol, que parece un fanal resplandeciente sobre los pinares del horizonte, bañando en suave luz de oro y plata el tendido de los cerros; y llenando de misterios el paisaje, en la quietud de la tarde silenciosa. Esta es animada por un vientecillo fresco y grato: exhalación pulmonar de la isla, que se entrega al sueño en sus dos más bellos aspectos, opuestos y diversos, empatados en un punto.

Sobre los barrancos caen las sombras. Los pájaros vuelan a las cumbres, ávidos de luz, y los monolitos se coronan de aureolas y rayos con los últimos besos del sol: Parecen enormes brazos extendidos de la tierra, saludando y despidiendo al día, que se va tras los cerros, las aguas y las islas; o destrozados maderos de gigantescas cruces que bendicen la tragedia del paisaje, divino con su lluvia de luz, de oro, de fuego y de nubes.

CUMBRES ARRIBA

LLA, sobre las costas de Gran Canaria, bordeadas de rizos de espuma, las nubes forman a veces un toldo protector que los campesinos llaman la "barra"; palabra muy expresiva para significar aquella barrera blanca, aérea, intangible, que, sin embargo, impide que pase la frescura a engalanar estos valles, por otra parte tan atractivos y llenos de belleza.

La misma vista de la barra, contemplada camino de Juncalillo, cumbre arriba, allá por los "Pinos", produce alegría, pues parece un mar de encrespadas y blanquísimas olas, con un blando movimiento casi imperceptible. Si las montañas de Tenerife cortan acaso esa nívea muralla, sus crestas semejan islas azules flotando sobre lagos de blancas nubes espumosas.

El Teide suele coronar la algodonada superficie con su angulosa cúspide de nieve.

Y cumbre arriba, por caminos pedregosos y estrechas cortaduras, sobre los flancos inclinados de las montañas, que de lejos creemos infranqueables,

perdemos de vista poco a poco la parte llana del paisaje de la isla, para dar lugar, desde el Montañón Negro, con la Caldera de los Pinos a los pies, al sorprendente paisaje de las cumbres, cumbre de nuestros paisajes.

Montañas coronadas de cercos de piedras, casi inaccesibles, pinos siempre verdes y barrancos que se pierden de vista por lo profundos, donde el agua clara y fría riega los hermosos huertos, llenos de verdor, y que cuelgan de las cañadas pendientes—obra maestra de los sufridos y cristianos campesinos de nuestros campos,—son los motivos del cuadro.

Huele a tierra seca, a menta, poleo y tomillo.

Tierra de color, desde el rojo de la tierra colorada, pasando por el pardo de las de labradío, hasta el negro de las cabezas guerreras de sus montañas, con tocas de hierro, puntiagudas y almenadas cual castillos medioevales.

El viento bate los árboles, las llanuras, las lomas y las peñas; silba en las faldas de los cerros y hace crugir a toda la naturaleza, como a los mástiles y armazón de un barco, a cuyo bordo creemos andar, balanceados por viento y calor.

En primavera, la tierra se viste de verde, matizado con la coloración de la amapola y margarita, que le dan aspecto fantástico y atrayente.

Entonces,

«.....se abren millares de corolas
esmaltando la alegre floración del paisaje,
unas en sangre tintas como la amapola
otras de gamas breves y tonos apagados
todas de ensueño plenas, de luz y de aureola.»

Allá abajo, los campos de Juncalillo, de lo más apacible y patriarcal de nuestra isla. Hay un silencio grave en los paisajes profundos, con horizontes lejanos, y los atardeceres son misteriosos y azules, con tintas rojas de un sol que enciende los pinos como cirios gigantes.

Le podemos aplicar estas estrofas de Fernando González en sus "Canciones del Alba":

"Parece un paraíso la aldea en el momento
en que la tarde expira con su postrer sonrisa;
es más dulce el murmullo misterioso del viento
y más grato y más puro el frescor de la brisa.

Mi alma se extasía mirando estos paisajes,
y oyendo el rumoreo de pájaros cantores,
y al ver color de sangre teñido en los celajes
y el pausado y monótono andar de los pastores".



JUNCALILLO

Tras las abruptas montañas
el tibio sol se escondía...

. . . .

El fresco viento dejaba
sus rumores en la umbría;
y una fuente entre las breñas
murmuraba una elegía...

. . . .

Hollaban nuestras ovejas
al pisar, las margaritas
y las rojas amapolas
que en el sendero crecían.

El ambiente a tomillares
y a hierba luisas, olía...
Rayos de sol moribundo
sobre los valles morían...

Estos versos de Fernando González podrían ser proemio a un artículo sobre Juncalillo.

Si algo hay en Gran Canaria campestre y cumbrero, eso es Juncalillo; pago de alturas con olor a incienso y retamas.

Desde lo alto de la carretera de Artenara se lo contempla como aldea perdida en lomas rojizas, frente al agudo triángulo de Tamadaba.

Nos llevan a él caminos entre pitas, y sentimos las esquilas de los ganados, el cantar de los pájaros, el vuelo del milano y el cernícalo; y una quietud suave y profunda: silencio de la naturaleza, cercana a Dios en alturas isleñas.

Tierra de "papas" han llamado a las de Juncalillo. De "papas", de tunos, de nueces, de manzanas, de variedad grande de frutas. También produce el trigo, que luego se convierte en pan sabroso, de color de risco, pero de singular sabor, como si la harina tomase de la tierra otras substancias más agradables.

Un barranquillo hondo separa los dos barrios mayores de Juncalillo. Y en medio, una fuente, a do las jóvenes van a buscar agua con sus cántaros de barro.

El barranquillo se sombrea de árboles frutales y el agua corre por sus raíces, dando frescura y reposo. A un lado, el barrio del Juncal, de donde toma su nombre el conjunto. A otro, las Chozas, con la ermita blanca, centro nervioso del vivir pueblerino y campestre. Sin una ermita el caserío parecería un rebaño sin pastor.

Y si el paisaje recibiera puntos de aprecio por sus habitantes, Juncalillo sería lo más bello del mundo.

Porque tiene una gente atenta y honrada, de esa honradez que las ciudades casi ignoran u ol-

vidaron. Base de ella es su fondo cristiano, pues la Fe todavía gobierna este pago humilde, bendición de Dios y de la tierra.

Al penetrar en el pago veremos cuevas con parrales delanteros, rodeadas de tiestos con flores, junto a los huertos de "papas y millo", entre tuneras y pitas. Aquéllas, ofreciendo su sabroso fruto, éstas indicando los linderos; y, de cuando en cuando, izando su pitón largo, como candelabro en que arden las llamas de sus flores amarillas, las pitas viejas elevan sus antenas...

Desde los altos pinos de la caldera de su nombre, donde un recuerdo trágico nos acompaña, hasta los pinos de Tamadaba, por sobre los cuales asoma el Teide, toda una tranquila armonía luminosa se extiende sobre estos campos.

Y en medio, la montaña de Valerón se levanta con el remate de una cruz, cruz bendita que dice al caminante el sendero del amor, del trabajo y la constancia, virtudes propias de los cristianos campesinos canarios.

Ya manifesté en otro libro, "Isla Azul", que Juncalillo es un pagó laborioso; y, aunque alejado de Las Palmas y casi sin carreteras, culto: Diez o doce sacerdotes son exponente crecido para un barrio no muy grande.

Hay una ingénita crianza, educación recia, en estos hijos del "Juncal".

Y, entonces como ahora, permítaseme recordar a quien durante veinte años fué el maestro y educador de estos campesinos, hombres y mujeres, jóvenes y niños. Todos acudían a aprender en "la

cueva-escuela", todavía hoy conservada, donde el "Maestro Artiles" trabajó con una constancia y ardor que no olvidan los que tal beneficio recibieron.

Acá el Juncal, que dió nombre al caserío, formado de cuevas, con alguna casa. Allá, la ermita, de bello perfil, con dos o tres viviendas alrededor.



¡Bella estampa campestre!

Y en medio, el barranquillo ameno, arbolado, por donde corre un perpetuo hilo de agua, que es abrevadero de pájaros y de mirlos.

Y en él, la fuente de aguas puras y frescas, a donde van las mozas a buscarla, con sus cántaros de barro, junto al charco donde se empoza para el riego.

Esta agua es la que dice la copla:

«¡Cantarita de agua fresca
cogida al pie de la bruma,
bien te puedes alabar
que como tú no hay ninguna!»

Y si subimos a la "Cañada del Milano" vemos fronterizo el lomo del pinar, en triángulo agudo que tapona el profundo barranco que por antonomasia llámase Barranco-Hondo o Barrancondo. Es todo un mundo interior perdido en las revolturas de las vertientes rápidas y abruptas.

Los dos pagos de Barrancondo-Arriba y Barrancondo-Abajo, con el Juncalillo al medio, presididos por su ermita, son como la estampa de la paz y la quietud campestres sobre los campos canarios.

¡Qué hermosos rincones y gratos cuadros ofrecen estos pagos, donde los cercados verdes escalonan altas vertientes, y las cuevas adornadas y superpuestas nos hablan de primitivas estirpes, con raíces cristianas y señeras!

Y en medio del silencio y la quietud, la campanita del santuario repica a "gloria" sobre los lomos, barranquillos y barrancos; y, llevadas por el aire, sus notas hacen eco alegre en las cañadas y cercados, como bendición divina en campos de paz.

Las esquilas de los ganados y la flauta de algún pastor ponen su pentagrama de luz sobre la tarde tranquila, cuando el sol traspone por el pinar; y los pájaros salen del barranquillo para subir a los lomos y despedir el día.

Entonces,

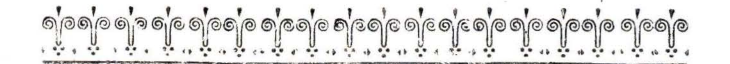
«...parece un paraíso la aldea en el momento
en que la tarde expira con su postrer sonrisa,
es más dulce el murmullo misterioso del viento
y es más grato y más puro el frescor de la brisa»..

Y el anochecer es misterioso y pastoril:

«El lejano sonido de una esquila
pone en la brisa un pastoral comentario
que al perderse a través del cielo malva
hace brotar la rosa de un lucero»,

como diría Alonso Quesada en su "Oración Vesperal"; o también en su "Coloquio en la Sierra":

«De la lejanía viene
el sollozar de una flauta...
y la tarde en el vellón
de las montañas lejanas,
primorosamente pone
una leyenda dorada»:



EL MAESTRO ARTILES

Al "maestro del Juncal"
Francisco Artiles Lozano,
el gran amigo leal
que aprecio como a un hermano...»,

recuerda este modesto artículo, como también la copla, cantada en los campos de Juncalillo, de donde fué el primer maestro; y cuya escuela—una cueva—podríamos llamar "universidad", porque a ella acudieron mujeres y hombres, jóvenes y niños.

Fué un entusiasmo colectivo de aprender con el que el "Maestro Artiles"—como aún le llaman—contagió a los vecinos. Y casi todos los que hoy son de edad en el Juncal, tienen a gala decir sentenciosamente: «A mí me enseñó a leer el "maestro Artiles».

Recordamos, pues, a uno que fué modelo entre esa legión de hombres buenos, que, juntamente con los sacerdotes, entretienen su vida entre los

campesinos y labradores, después de largos años de estudio, siendo sus mejores amigos y confidentes.

¡El sacerdote y el maestro!

¡Guías espirituales de las inquietudes campesinas! ¡Dos amigos del püeblo, que conviven con ellos y comparten sus trabajos y alegrías!

Un buen hombre, veinte y cinco años más tarde, hablando con cachaza al compás del "sacho" con que surcaba un "pedazo" junto a la Fuente del Juncal, me decía:

"El maestro Artiles, mi insiñó lo poco que sé. ¡Aquel si era un maestro! Incominsiaba a las 8 con los niños. A las onse si disayunaba... y apegaba con las niñas. A la una soltábalas, día a comé, y a "lan dó" ya incominsiaba otra güelta con los niños... E má dispué, con la noche, insiñábale a la moseá e a la gente grandi. ¡Eso si era un maestro, ricontra!

E entoavía, a aquél ansina que vía di un idea, que quiría istudiá, al isi insiñábalo aparti; e jansina había siempri siete u ochu...

Indimás, sabía iducá a los niños. In di hoy, il niño allega a su casa sin sabelu il padri... Al intonsis insiñábalis il como e il cual de la urbaniá, e isiales: "cuando se allega a ondi hay genti, si se quieri jablal a uno, si pié premiso..., e si ti lo dan jablas a la presona indicá; que si no, no. Al hoy, non si usa esu, e los niñus van a ondi están los mayoris siempri, como si ná..."

¡Así expresaba, en su hablar campesino, los recuerdos que se conservan entre esta gente de su no olvidado primer maestro!

Este fué quien inauguró la enseñanza en estos campos, comenzándola en un salón de las "Casas de Hoya Moreno", que son las más antiguas de estos contornos, con dos curiosos pisos de fuerte tea, y que aun existen, en forma de cruz. Luego en el Juncal, en una cueva; y por fin, en una que abrió exclusivamente con ese objeto, junto a otra para vivienda, comunicadas interiormente con un túnel de varios metros.



Aun está en pie la cueva, donde veinte años se enseñó y educó con desinterés y voluntad. Tiene un atrio delantero, entre dos paredes de risco,

y un diminuto dintel techado, partido elegantemente en dos por un pedestal. A la izquierda, el clásico hueco de la talla, que adorna el verde culantrillo, con sus travesaños de tea, donde caía la gota de agua traída del barranco en los típicos *gánigos* por las mozas del Juncal.

Dentro tiene frescor grato y un ligero empedrado. Son sus paredes blancas, y una tarima de piedra señala el sitio del maestro.



La cueva vivienda está hoy remozada, con una terraza - jardín, y empotrado como asiento el pedruzco donde mi abuelo contemplaba en su vejez la puesta del sol.

Parece oírse aún explicar la Historia Sagrada a casi todo el barrio congregado en el diminuto salón; o los cayados de viejos barbudos y con chaquetones de áspera lana, que cantan con

voz ronca los villancicos de Navidad, al compás de fuertes golpes dados en el suelo con sus garrotes de palo:

¡Llevad, llevad,
turrones y miel,
para ofrecer
al niño Emanuel!
¡Emanuel!

¡Horas felices del patriarcal vivir campesino!

Un sugestivo y bello paisaje hay desde allí sobre Barrancondo-Abajo y el pinar de Tamadaba. Vénse en el lejano perderse de las vertientes las cuevas y los huertos que bajan y suben como peldaños de una escalera gigante.

Y alto, el cuadro de los pinos, terminando en agudo vértice, tras del cual y por entre los rectos troncos se suele ocultar el sol con fulgores rojizos.

Estas profundas barrancadas repetirían los sones de los cantos que en noches azules, y mientras la luna llenaba de luz blancasca los montes y hoquedades, entonaban los que venían a aprender, siendo como el eco armonizado de la vida campestre y de la serenidad nocturna y campesina:

«*El mentir por las estrellas*
es un bonito mentir,
porque nadie puede ir
a preguntárselo a ellas».

«*Una perra le dí a un pobre*
y me bendijo a mi madre:
¡Qué limosna tan pequeña!
¡Qué recompensa más grande!»,

como aun hoy se oyen en Juncalillo.

Otros recuerdos tiene la cueva-escuela. En ella se reunió por vez primera, y muchas consecutivas, la "junta organizada" para la construcción de la ermita, de la cual fué secretario y primer tesorero el maestro.

Este escribió curiosamente todos los primeros pasos de aquélla, anotando con esmero las dificultades habidas para comenzar y continuar la obra. Algunas de dichas actas fueron extraviadas lastimosamente.

Aquellos hombres tomaron gran empeño en tener su ermita, venciendo dificultades con su esfuerzo y su trabajo; y aquélla surgió sobre el suave declive de una loma, frente a los pinares erguidos.

Todas las incidencias y trámites de la obra quedaron reflejados en las actas, donde el "maestro" se complacía en dejar recuerdos minuciosos del interés por erigir la ermita.

Ensayó y representó comedias y dramas en la escuela y en el solar de la misma iglesia, cuando estaba ésta en «caldera», como dicen los papeles. Todavía se recuerdan aquellas en que se imitaron los tipos populares de «Mari-Rafela» y «Cho Juan Dolores el Colorao», que asistían a la misma función; así como la todavía narrada ocurrencia del «huedo» ocurrida a «Frasco Cuchillo». Luego el acta diría: «Entran tantas pesetas por una función dramática»...

Se reunió la primera junta el 15 de Octubre de 1.899, a las dos de la tarde, en la escuela, asistiendo «la mayor parte de los vecinos de Juncalillo y Barrancondo de Abajo y de Arriba», como reza el acta.

Y se puso la primera piedra el día 3 de Mayo de 1.901. Con tal motivo el «maestro» escribía jubilosa y poéticamente en las actas:

«*Tierno y altamente conmovedor era ciertamente el cuadro que este pintoresco lugar ofrecía a la vista de todos los que lo presenciaban.*

Multitud de ancianos que por el peso de sus años y achaques de la vejez hacía quince, veinte y más años que no oían la santa misa, ni la divina palabra de labios del sacerdote; niños de diez, doce y más años que nunca habían visto la iglesia, y que, unidos a sus padres, se disponían a postrarse ante el Dios de la misericordia en este día, formulando una plegaria llena de consuelo y santa esperanza para el bien de sus almas en el porvenir; plegaria que no puede menos de ser aceptable ante el Dios piadoso y compasivo con los pobres y desvalidos: ¡Esto era edificante y tierno para el corazón cristiano!

Se dijo la misa en el altar improvisado y artísticamente adornado con ramas de palmeras y olivos, que, con la multitud y variedad de flores propias de la estación y de aquellos pintorescos campos, hermoseaban el lugar donde dentro de poco había de bajar el Dios de las alturas, para ser adorado por el hombre, en el mismo sitio que ha de ocupar el altar de la nueva iglesia.

Al final, Don Miguel Díaz Sánchez, Capellán de Lagunetas, pronunció un notable sermón, por más de media hora, dejándonos llenos de santo celo».

¡Qué hermosos y cristianos conceptos!

De las actas faltan las correspondientes a 1.900-1.902, excepto la de la bendición de la primera piedra que se cita (1.901). Y cuando el «maestro» no asistía, se acordaba: «como el secretario va unos días al Ingenio de vacaciones y no puede asistir.... se tomen en borrador los acuerdos para que él los extienda luego». (Acta del 19 de Julio de 1.903).

Así dió sus primeros pasos la ermita que el 17 de Abril de 1.929 celebraba con solemnidad su erección en parroquia.

Y ésta es todavía el único factor que orienta y consuela la vida, a veces dura y trabajada de los campesinos. El maestro Artiles, sin ser hijo del barrio, contribuyó intelectual y espiritualmente a realzar la vida campesina de sus habitantes, que bien conservan en sus almas un grato recuerdo para su no olvidado «Maestro», notándose notablemente la influencia de su labor educativa en estos campos, que son una bendición de Dios sobre las tierras de Gran Canaria.



TRAIDA DE LA RAMA

¡Santo Domingo!

Este es el Santo que celebran en el Juncalillo. En Agosto, cuando el calor arrecia y el viento sopla —de ordinario la fiesta coincide con viento y con sol—, los juncalillenses festejan a su Sto. Patrono.

El fundador dominicano, de barba florida y báculo encorvado, preside desde la ermita la celebridad de su Santo.

¿Por qué es Domingo de Guzmán y no otro el titular de la parroquia?

Coincidió la fundación de la ermita con el episcopado del inolvidado P. Cueto, que era dominico: y, por tanto, hijo de la orden fundada por el Santo. El párroco de San Matías, en cuya jurisdición estaba Juncalillo, llamábase entonces Domingo.

He aquí dos sencillísimas razones que determinaron la elección del Patrono de la entonces nueva ermita, hoy Parroquia.

Su fiesta es precedida por la popular y típica "traída de la rama".

No sé a punto fijo el origen de esta costumbre isleña, imitada aquí probablemente de la de otros pueblos vecinos, entre las que es célebre la de la fiesta de las Mercedes de Guía; pero no sería difícil entroncarla con recuerdos de la época de preconquista, cuando los indígenas danzando marchaban con varas y gajos de árboles a la orilla del mar, en las grandes sequias, para azotar las olas y suplicar a Dios la lluvia.

Muy bien pudo la acción misionera de los religiosos convertir la costumbre pagana en homenaje cristiano y piadoso a los santos de nuestra religión.

Esta traída de "la rama" es simbólica e interesante.

La víspera de la fiesta, tempranito, caracoles marinos—y aquí podríamos ver otra reminiscencia de los indígenas—resuenan en el Juncal, en "Barracondo-Arriba" y "Barracondo-Abajo", en las Chozas, La Vencidad, etc., con eco jubiloso y sostenido, como son guerrero que convoca la piadosa comitiva; y así se va formando la turbamulta mañanera que se dirige gozosa a la ermita.

Son hombres, mujeres, mozos y mozas, jóvenes y viejos. Estos suelen ser el alma de la tradición, los que dan la nota más alegre y viva.

Tres o cuatro horas de camino los llevan a los primeros ejemplares del árbol oloroso. Allí destronchan gajos y ramas en bulliciosa alegría, descansan; y emprenden la caminata de vuelta con su costosa carga, nuevo vellocino dorado, trofeo de victoria de la fe y la piedad.

Y cuando la procesión de pinos asoma por el "Lomo Cabrera" y la "Verea de las Cruces", frontera a aquél donde se alza la ermita, las campanas repican, los voladores estallan, los caracoles repiten su son guerrero y mantenido, y hasta el Santo bendito, tan serio y pacífico, deja el rincón de la ermita para asomarse a ver la bulliciosa algarabía.

Allí se espera a la música. Esta suele venir de Agaete, por montes arriba. Cuando llega se vuelve a la contagiosa bulla con que se trae la rama por caminos de pitas y vericuetos de cumbres.

Y se baila la "papagüeva" con raros movimientos y brincos, alzando y bajando las ramas, casi siempre tras la pauta directiva de algún vejete encartonado, que, como por derecho propio, lleva la batuta rameada.

Frente a ellos, en la opuesta loma, el pueblo los contempla y aguarda impaciente su venida.

Terminado el descanso, se alarga nuevamente por los caminos y veredas la fila india de los romeros, mientras el Santo de rubia barba y perro con antorcha llega a la puerta de la ermita para recibir a la turba de peregrinantes que se aproxima con sus ramos en alto y en continuo movimiento.

Ante el santo se repite el baiIoteo típico, con una alegría y serie de giros y movimientos que están muy lejos de la acompasada y monótona vida de estos campesinos.

Debe ser algo entroncado a viejísimas usanzas para tener el mágico poder de sacar de sus moldes de seriedad a los vecinos de estas latitudes.

La zarabanda bullagrera y bailadora da vueltas alrededor de la ermita con regocijo contagioso,

ante la natural alegría de los vecinos, reunidos y —nunca más apropiada la palabra—, "endomingados" para honrar al Patrono simpático, que con faz benigna y acogedora, vestido blanco y orlada capa negra, contempla sonriente a los que llegan danzando y enramados al santuario.

Hombres, mujeres, jóvenes y viejos, cuantos fueron al pinar saltan y se mueven en inexplicable movimiento, y dan tres vueltas alrededor de la ermita, formando masa apiñada, y con los ramos en alto, que se entrelazan como bosque agitado y al compás del alegre son de la música.

Cuando ésta cesa, cada uno recobra su habitual seriedad y penetra en la iglesia, donde con una misa solemne termina la popular y típica "traída de la rama".

Luego ésta adorna la plaza; y, si es abundante, se rematará a beneficio del Santo.

* * *

Así termina la primera parte de esta fiesta, que en su segunda no difiere de las otras similares de las parroquias vecinas.

Misa solemne con sermón a cargo de "un notable orador sagrado", según la ya estereotipada frase de las crónicas pueblerinas, romeros penitentes, con el pañuelo atado a la rodilla, fuegos, turrones, rifas, molinillos...

Y la procesión, culmen piadoso del día, con lágrimas y súplicas de devotos vecinos y forasteros en promesa.

Acabada ésta, se busca la grata sombra de los árboles y el frescor de la fuente para almorzar;

brillando pintorescamente entre los castaños y nogales los trajes femeninos, de colores subidos, como los rostros retostados por el sol.

Estos grupos son los que por la mañana han alegrado los caminos con cantos y rasgueos de guitarra, entonando el

«¡Santo Domingo
de la Calzada,
llévame a Misa,
de madrugada...!»,

que tan bien suena en esta ocasión.

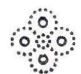
Y por la tarde, mientras la música desgrana sus últimas notas, chillonas como la vestimenta femenina, las caravanas regresan por caminos y veredas de pitas, volviendo a sus hogares, menos alegres, con el recuerdo de un ramo, algún turrón, de un muñeco de yeso obtenido en el molinillo, o la satisfacción de haber cumplido una promesa; y quién sabe si algún mozo o alguna moza se lleva una risueña y nueva ilusión, y la deja prendida a la capa del Santo bendito.

Así termina la fiesta. Los molinillos dan las últimas vueltas, agotando sus perritos y gatos de yeso, y sus ángeles pintados; se oyen los últimos ecos de unas folías y el último musitar de una plegaria. Y en la paz serena de la tarde soleada la luz ilumina el pilar fronterizo, como hoguera de amor a Santo Domingo, que desde su ermita es el paño de lágrimas de tanto labriego incansable, de tanta mujer trajinosa y de tanto niño que sabe trabajar desde pequeño, como son los de estos campos.

Dura es la vida de estos hombres. Trabajan concienzuda y tenazmente para convertir sus tierras, duras y ásperas, en verdes huertos que aumenten las riquezas de la Patria, y produzcan en abundancia "el pan nuestro de cada día".

Ellos hacen el prodigio de convertir el hilo de agua que brota de los peñascales en sabroso pan de color de risco, en gofio y en el "queso de flor" de las medianías.

¡Que Sto. Domingo les aumente sus aguas y sus tierras, para ellos tan necesarias como el aire y el sol, y fábrica elemental de sus afanes y trabajos!





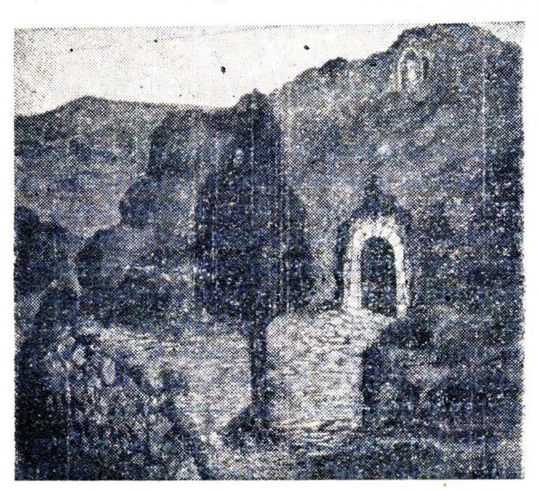
LA CUEVA-SANTUARIO

RTENARA, junto al mar de riscos de Tejeda, como águila real posada en un picudo resalte de la cumbre, tiende mirada de triunfo sobre toda la Isla, y desde el estratégico balcón de su plaza contempla un paisaje que podríamos calificar del vacío y de los precipicios.

Desde este mirador veremos a izquierda, entre verdes huertos y arbolados, a Tejeda, hija del Nublo; de frente y hacia el mar, barrancos y vertientes interminables, fantásticas encrucijadas de sierras que combinándose en confusas formas, rompiéndose mútuamente las perspectivas, son en la lejanía como puntillas de encaje acerado removido por una tormenta, y de cerca fatigadas cuestas y caminos en delirio, llenos de hendiduras, rasgadas grietas y horribles desriscaderos.

El esbelto monolito del Nublo sobrepasa el extraño cuadro de la «tempestad petrificada», como dijera Unamuno, se eleva al cielo como el mástil de un fantástico barco que navega en tormenta por entre aquel mar de olas de piedra, y habla con las nubes blancas, que lo rocían en noches silenciosas con lágrimas de estrellas.

Una de estas nocturnas lágrimas, caída en cercanos parajes de riscos, abrió un hueco brillante, e hizo florecer en estos campos la devoción a la más hermosa perla de nuestros Santuarios, la Virgen de la Cuevita, que es el rocío divino de las lágrimas, convertidas en consuelo para los artenarenses y en luz para los caminantes de los senderos peligrosos que cuelgan como cintas de los altos picos afilados. Y en la cueva se abrió la flor divina de la estrella blanca, convertida en la imagen de María conocida con el nombre de Virgen de la Cuevita, la Virgen Canaria que mora como auténtica isleña en una gruta labrada en roca viva.



¡Piadosa e íntima sugestión de la Cuevita!

Es el más típico santuario de la devoción canaria, y el que más se intima con el modo de ser de nuestros antepasados.

Sobre el barranco profundísimo de Tejeda, oculta entre peñascales, María recibe el homenaje de los isleños corazones en la cueva de que toma nombre, labrada, con su púlpito, confesionario, coro y altar, en la misma cantería del risco.

La ermita es rosa divina abierta al viento y al sol para perfumar las hoquedades abruptas de los precipicios; y la moradora ermitaña faro que alumbra las sierras erizadas de dientes y a los caminantes que cruzan miedosos los senderos resbaladizos, frente a altas cabezotas de piedra en las alturas y hondas cañadas rápidas que bajan hacia el profundísimo barranco, a la vista de un océano encrespado de tierras quebradas.

Frescor gratísimo rezuma la Cueva —"Covadonga Canaria" de la Fe—, con su techo verdoso y húmedo por el culantrillo; y divina paz de esperanza envía la celestial estrella a los peregrinos que cruzan con temor los desfiladeros quebradizos y angostos.

Luz es para todos los gran-canarios que aman a la que ha puesto su trono en una gruta, como una primitiva reina canaria; y, sobre todo, para los romeros que acuden a honrar a la Señora de las cumbres y los peñascales, soberana en un trono de riscos y vertientes revueltas. Los monolitos del Nublo y el Bentaiga, fronteros, son como los postes, de contextura atlántica, donde se prenden faroles de luceros y estrellas para alumbrar la fiesta eterna a la Virgen de la Cuevita, fiesta que celebra la naturaleza perennemente con banderas de nubes, clásicos arcos de montañas, pirotecnia de sol y bellas cascadas de luz.

El santuario de la "Virgen de la Cuevita" es arca divina en que se posó la troglodita y celestial ermitaña, paloma mensajera de las cumbres, para consolar y suavizar el espíritu que contempla tanta tierra rasgada, tanto risco abrupto, tanto barranco acuchillado, hendido en invisibles profundidades misteriosas...!

Un poeta popular, Romero Espínola, le ha dedicado unos versos, irregulares y muy suyos—que por acaso han venido a mis manos—, y voy a transcribir su estrofa final, como eco de una fe ingenua que brota, no sin belleza, en lo típico y expontáneo; y según los oí al popular artenarense Leoncito Díaz:

"Allá en Artenara,
que un poeta llamó rara,
por sus peñas, sus apriscos,
edificaste tu ermita;
pero por vivir tú en ella,
—tan canaria, tan humilde,
¡y tan íntima!,—
en plática con las estrellas,
yo la llamaré divina..."

¡También tienen su sabor estos versos dedicados por una musa andariega a la que desde su trono de rocas preside toda la poesía del paisaje de la Isla!



BARRIOS PERDIDOS

ESDE Tejeda a Mogán, pasando por el pinar de Pajonales, es un paseo interesante. Los barrios perdidos, la silueta del Nublo, los montes serenos y los pinos siempre verdes, se nos quedan para mucho tiempo en la vista.

El monolito del Nublo es para el que contempla los paisajes de la Isla como el punto de mira de una máquina fotográfica para el que quiera retratar esos mismos paisajes. A su alrededor está aquélla con sus valles y montañas; y desde la altura de aquél veríamos el conjunto de sierras en cuyas cañadas profundas están los valles y barrancos, que son los matices y sombras de este gran cuadro de mar y de sol.

Saliendo de Tejeda para el Pinar de Pajonales pasamos bajo la mirada imponente del monolito, que luego se nos pierde para reaparecer al llegar a la "Cruz de Carpio", hermosa degollada desde la cual se ve el Nublo como sobre una redonda y fantástica base escalonada, con aspecto de monumental obra de Atlantes.

Por entre el resquicio de dos rocas se distingue su elegante silueta, como la de un obelisco o un menhir colocado en lo alto de una cumbre por manos poderosas y atrevidas.

No tarda en perdérsenos, ocultándose tras los cerros precipitados que forman marco propio al altísimo mástil. Estos riscos son como los costados de hierro de un navío gigantesco del que el Nublo es la chimenea enorme y esbelta, lanzando humo de nubes a los espacios.

¡Tía Magada!—nos grita de pronto el arriero.

Su brazo nos señala varias casas oscuras pegadas a la calcinada tierra, donde unos almendros muestran sus esqueléticas varas, dibujando rasgos quebrados en la pizarra azul del cielo.

"Timagán" dice el mapa militar de Gran Canaria; pero este "Tía Magada" del arriero es más expresivo, y tal vez nos descubra su procedencia de algunas de aquellas "harimaguadas" que en la raza indígena eran como sacerdotizas de los isleños.

Es un pago humilde y gris, que espera el anual florecer de los almendros para sentir la blanca esperanza de sus flores.

Siguiendo, aparece a izquierda un desfiladero entre enormes bloques macizos: es la llamada "Sierra de Serradores", o El Aserrador; y realmente parecen sus quebradas alturas dientes de un serrucho, el propio para cortar las rocas con que se tallaron el Nublo y sus peldaños.

Estamos en plena naturaleza. Es un paisaje adusto, seco y silencioso. Ni habitantes, ni pája-

ros, ni flores. Algún almendro se ha perdido entre los caminos, descarnado y sin ramas.

Más tarde aparecen los pagos recónditos de Tejeda: Ronda, el Toscón, Juncal.

A Ronda lo vemos de lejos. Es una línea de cuevas empotradas en un risco. Desde aquí parece imposible caminar por aquellas alturas, y más que viviendas de personas creeríamos ser nidales de águilas en los precipicios. Sin embargo, allí viven familias trabajadoras y activas en lucha constante con la tierra y las peñas.

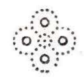
El Toscón es parecido. Debe traer su nonbre de una colosal tosca que en forma de promontorio se lanza, como proa de barco, sobre un más que temible "caidero". Allí una gran cruz blanca reparte divinas bendiciones; y desde su pedestal hube de dirigir la palabra, en otro viaje, a los vecinos que procesionalmente llegaron hasta el mojón angosto, presididos por el alcalde del barrio "Pascualito".

Todo él estaba congregado en el estrecho resalte de la roca, rodeando la cruz, que era como el punto misterioso de que pendían los cuerpos y las almas de aquellos habitantes, habituados al peligro y a las honduras. Las cruces multiplicadas por los montes de Canarias son como faros que alumbran fe y esperanza de redención en estos pagos y sus moradores.

La religión cristiana lleva el consuelo a los que bregan las luchas de la tierra, el sol y los vientos en estos rincones apartados de toda comodidad terrestre. En el Toscón, esa cruz parece más consoladora y divina.

Las cuevas se cobijan al soco de la blanca cruz y de aquella roca enorme, que a ratos despide espirales de humo, por desbocar por ella las chimeneas de las viviendas labradas en la roca.

¡Qué trabajada, dura y silenciosa es la vida de estos hombres, que, como todos los que labran las pardas tierras de los campos, merecen mayor protección oficial y amparo de los Municipios.



PAJONALES



A derecha de un ancho valle, más apacible y suave que Ronda y El Toscón, se nos ofrece El Juncal; algo así como la "metrópoli" de estos barrios.

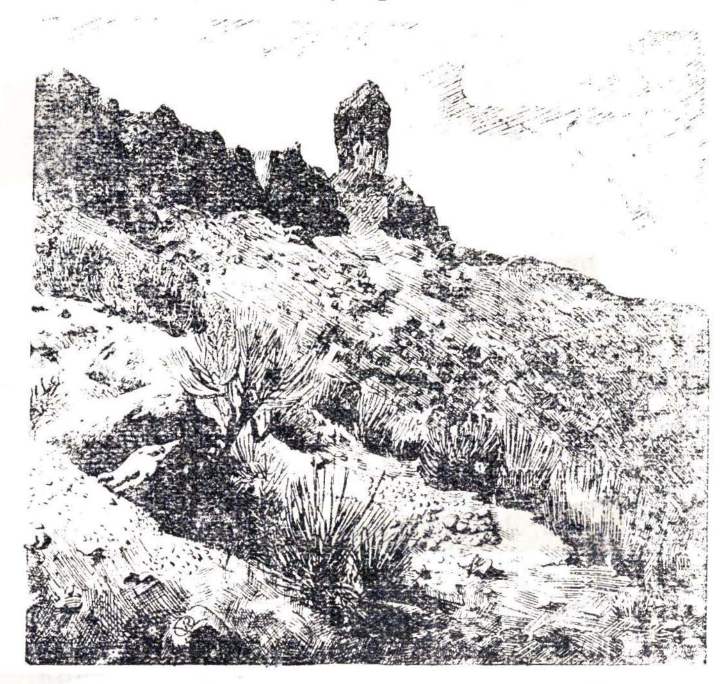
Tiene sus casas antiguas, abalconadas, de tipo isleño. Y ya comienzan a verse ejemplares de los pinos que luego llenarán los montes de Sándara y Pajonales. Son como avanzadillas del ejército verde, centinelas que guardan el tesoro del pinar.

Para llegar a él hay que subir una buena cuesta. Pero se nos presentan algunos ejemplares, ya sobre un lomito, ya en un repliegue; en grupos o aislados, como compañeros que han bajado de allá arriba, del pinar, para saludarnos y dar ánimos al que sube la fatigosa pendiente.

Y con su presencia se alegra la larga caminata, que tiene su recompensa en la vista de la extensa e intrincada zona verde que puebla el corazón de la Isla, donde el gusto más exquisito encontraría motivos de sorpresa agradable.

No por desconocidos dejan de ser hermosos aquellos montes repletos de altos y robustos pinos, cuyas copas mayestáticas asoman sus cabezas por sobre los lomos y las degolladas.

Al llegar al "Morro de Pajonales" nos encontramos con una dilatada y extensa llanura donde los pinos desfilan ordenadamente hacia la cumbre de aquel monte, que, gigante negro con cabezota de hierro, parece que ordena y manda el ejército del desierto, formado y rígido.



Mirando hacia atrás, guardián de aquella cuadrilla de canarios viejos, vigía de las huestes verdes, el Nublo se asoma a los riscos de Tejeda, pronto a precipitarse sobre el abismo, émulo del Guanarteme famoso. Su elevada figura se recorta

en el cielo frente al sol y a las cumbres, y en sus pupilas de acero se clavan los dardos solares que acribillan las ennegrecidas peñas.

Porque el Nublo es como un pino altísimo entre la dislocada siembra de tantos que aquí se contempla, un pino canario y robusto que se ha fosilizado en las alturas.

Sus compañeros, los pinos verdes, han preferido las mansas ondulaciones de la tierra unos, y los desfiladeros horribles que rodean el camino otros. Pero el Nublo, atrevido, se subió a los altos riscos, como gigante atlántico y canario viejo para contemplar la isla sumergida en aguas azules.

El suave ondulado de la tierra y los rápidos declives interminables se cubren de la pinocha resbaladiza y fina, que hacen patinar al transeunte.

En los pequeños barranquillos del camino se agrupan las piñas resecas, como rebaño de erizos acurrucados.

Una fuente de agua fría y clara brota de entre un grupo de pinos, remojando el tapiz que forman la pinocha caída. En medio del cansancio, la fuente es un hallazgo grato para el caminante; y nos hace exclamar con San Francisco:

«*Loado seas, Señor mío, por la Hermana Agua,*
la cual es muy útil
y humilde y preciosa y casta...»

Es aquel un lugar de descanso.—"Varias veces—nos dice el arriero—he venido a esta misma fuente con los que vienen al pinar"....

—¿Son muchos los que vienen?-le preguntamos.

—"Muy pocos. Todos se quedan en el Nublo y el Betayga; por aquí son raros los que llegan."

¡Lástima grande! Porque este pinar es de lo más precioso que poseemos en Gran Canaria!

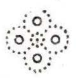
Los pinos dan belleza a estos parajes. El viento susurra fuertemente con rumor de fronda, de ramas removidas, y lleva esencias de resina, cuyas gotas doradas prenden como perlas de los gruesos troncos.

Los robustos árboles han nacido por todos los rincones de estas montañas.

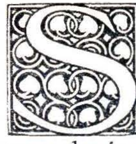
Hay uno sobre un bloque de piedras casi cuadradas, que, saliendo de la cúspide del montículo, se dirige rectamente al cielo.

De entre montones de piedras parten estos gigantes del desierto de Pajonales, siempre verdes, olorosos y fuertes; algo de lo poco bueno que ya va quedando en nuestras montañas para recreo de canarios y extraños.

Pajonales es tierra por descubrir en Gran Canaria. Aquellos montes de pinos, junto con la impresionante belleza y soledad de sus paisajes atlánticos, es de lo mejor que podremos mostrar a los forasteros.



SANDARA

ÁNDARA! Es el nombre de una yerba medicinal que crece por estos campos; pero es también el de una montaña que se eleva en lo que pudiéramos llamar desierto de Pajonales.

Por laderas y vertientes los pinos llegan a la cumbre del cerro de tan grato nombre, que se eleva como mirador sobre esta zona olvidada y desconocida.

Subimos a su cúspide, resbalando y asidos a los troncos y peñas, para contemplar un espléndido cuadro.

Parécenos estar en un desierto, como dije antes. Apenas si se vislumbra alguna cueva del Toscón y los nidos de Ronda, quedando el resto del extenso paisaje en la más absoluta soledad, en silencio augusto, con un murmullo grato de arboleda y un ambiente sutil de esencia de pinos.

Desde aquí repetiríamos de nuevo con el Santo de Asís:

"Loado seas, Señor mío,
por todas las criaturas,
especialmente por mi señor "Hermano el Sol";
pues por él haces el día y nos alumbras.
Y él es bello y radiante con gran esplendor...

Loado seas, Señor mío, por el Hermano Viento
y por el Aire
y la Nube,
por la Hermana Luna y las Estrellas;
en el cielo las ha formado
esclarecidas, preciosas y bellas...»

Dos aspectos tiene el cuadro: hacia el Norte, duro y rocoso, con negras cordilleras, salpicadas de cortes y agudos picachos. Las crestas montañosas se entrecruzan y el sol cae recio, tostando las peñas ennegrecidas. Alguna nube hace sombra pasajera al suelo ardiente y quemado. Se nos presenta ahora el Nublo ancho y erguido.

El monolito parece que danza sobre los pardos montes, con lúgubre son de piedras calcinadas y resecas tierras.

Le siguen el Bentayga, el Roque, el Lomo de Serradores, el de Pajonales, como visión de negros fantasmas en bailoteo trágico sobre cordilleras y barrancos.

* * *

Hacia el lado opuesto se nos ofrece un paisaje de más risueña apariencia, pues la negrura de la tierra se colorea con el verdor de los pinos, y las

vertientes fatigosas y los lomos serruchados se cubren con los rectos y olorosos árboles, cuyas copas se extienden largamente.

Lejos, límite azul, el mar enmarca la visión de los pinos por entre algunas encajonadas honduras. También ahora Tomás Morales nos daría la ofrenda oportuna de sus versos:

"A lo lejos, el mar en sosiego
de infinito y azul embriagado;
semejando el rumor de su juego
el respiro de un cíclope ciego
por la mano de Zeus castigado."

Unense a este pinar el de Tirajana y el de Escusabarajas, formando un extenso paisaje arbolado.

La montaña del Horno se eleva aún más que la de Sándara, y parece que su alta cabezota coronada se asoma a las profundidades del Atlántico, para contemplarse embellecida con las copas temblorosas de los pinos.

Desde aquella altura hemos contemplado un bello espectáculo, abrazados a los troncos que han nacido en su cúspide.

Al pie de ellos ocultamos una botella, recuerdo futuro del viaje.

El más grave silencio y la soledad más callada son los atractivos especiales de la visión de la Isla desde lo alto del monte, donde podíamos decir lo que Cervantes en algún lugar del Quijote:

«En aquel sitio el mismo silencio guardaba silencio a sí mismo...» [1] Zonas apartadas, incógnitas, que comprenden la mitad de Gran Canaria, como tierra por descubrir ante los ojos de sus habitantes.

Al dejar la montaña nos entramos por los pinos, siguiendo un bien trazado sendero, que pronto abandonamos en la ilusión de hallar camino más corto hacia Mogán.

Otra fuente, en medio del más oculto rincón, fué grato hallazgo para nuestro cansancio.

Y en la búsqueda de una salida directa hacia el barranco, un único pasillo estrecho y peligroso, nos permitió abandonar las alturas pinariegas, donde casi perdidos estuvimos toda la tarde.

La luna clareaba ya en los riscos y en las vertientes que el sol había abandanado, y ponía tintes de plata sobre el pinar en sosiego.

Una noche de luna en estos pinares debe ser vistosa y fantástica. Son las que gozan los pastores, cuando con sus ovejas acuden a estos parajes solitarios, donde los pinos son el adorno más grato, el silencio la música más armoniosa y las águilas y cernícalos los vivientes más asíduos.

El poeta que antes ofrendó sus versos, perlas que adornan estas páginas, nos diría también el presente, viendo la luna llena, como bola de nieve que derrama luz de plata sobre las montañas:

---

(1) Cap. 69

"El bosque en sombras es un santuario
donde algún genio milenario
savias eternas descubrió;
la luna plena es un diamante
que lanzó la honda de un gigante
y en la alta noche se clavó."

Y una quimera, mi tesoro,
como un relámpago de oro,
mi honda a los aires despidió;
pero no sé lo que fué de ella...

¡Acaso sea alguna estrella
que en el silencio se clavó!

Y ya fulguraban éstas en el cielo cuando llegamos al barranco de Mogán, contemplando con asombro los riscos por donde habíamos bajado desde aquellas alturas.

Mirando hacia arriba, recuerdo lo que ya escribí en *"Isla Azul"* al hablar de este pueblo:

«Nos parece que los pendientes acantilados por do tal vez cuelga el hilo de un sendero, como cordel atado en la cresta al que nos agarramos para bajar, son murallas que guardan el tesoro de los pinares, la belleza de los hermosos paisajes que desde éstos se admiran.

¡Habría que levantar más aún esas rocas enhiestas y pavorosas, para proteger la riqueza natural más apreciable que tenemos!

Mogán mira, suspenso, el subir de los montes...»

Y nos ofrecía la fragancia de su valle, abierto y tranquilo, frente a la altura de los pinares y la dureza de los riscos.

ARGUINEGUIN


INIENDO de Mogán para Las Palmas nos encontramos con el modesto pago de Arguineguín, o "Ganiguín", como dicen los sureños y los viejos. Y como se decía antiguamente aun en los papeles, según verá el lector en lo que transcribimos más adelante.

Suena a "gánigo" este nombre, ya conocido en las crónicas canarias. "Gánigo" es palabra indígena—aun hoy usada—para designar un recipiente de barro, de lo que algo entendían los isleños. La semejanza de vocablos se presta a una posible derivación. Bien pudieron distinguirse sus habitantes por el arte del barro, dando al poblado el nombre de una especialidad del mismo.

Hoy es un apacible y tranquilo rincón de paz medieval y feudales recuerdos. Casi toda su tierra es del Condado de la Vega Grande, y los habitantes viven al amparo tradicional del Sr. Conde, con más quietud que en otros lugares ajenos a estas influencias señoriales.

Aun existe la cueva-ermita dedicada a Santa Agueda, de la cual dice Marín y Cubas:

"....Cerca de aquí está la iglesia primera que hubo en esta Isla.... que es una cueva.... donde después continuaron los Mallorquines el decir misa, con advocación de Sta. Agueda." Y parece ser, según el mismo autor, en la que celebró S. Avito, del que hablan las viejas leyendas.

Más tarde hubo de haber otra ermita dedicada a S. José—hoy desaparecida—según se desprende del siguiente párrafo del Libro de Mandatos del Archivo parroquial de S. Bartolomé, en los correspondientes al año de 1789, del obispo D. Antonio Plaza:

«... Constando... estar sin uso y derruida totalmente la Hermita dedicada al Señor S. José en el pago de "Ganiguín"... que construyó y dotó personalmente con obligación de mantenerla engiesta y reparada, el Sr. Maestro de Campo D. Alejandro Amoreto Cavallero del Orden de Calatrava vecino de Las Palmas... hipotecando... sus bienes y todas las tierras, casas y cuebas que tenia en dho. Pago del Ganiguín... cuias Hasiendas han recaido en la casa del Señor Conde de Vega Grande por cavesa de la Sra. D. Luisa Amoreto su mujer... se emarga al Cura... de Tirajana escriva carta a dho. Señor Conde recordandole la citada obligación... y la utilidad... de la reedificación de la Hermita.»

Este "Ganiguín" es famoso por la acción bélica que en sus playas se realizó entre canarios indígenas y franceses escogidos de los que seguían al normando Juan de Bethencourt; acción victoriosa para los isleños, quienes entonces merecieron el renombre de "Grande" dado a la Isla.

Quizá no se haya investigado suficientemente el origen de este calificativo, pero todos los autores coinciden en señalar dicha ocasión como la que obtuvo de labios extranjeros la honrosa palabra. Viera en sus "Noticias" dice así: [1] «Si los canarios ganaron esta señalada victoria, no fué tan de barato que dejasen de tener por su parte muchos muertos y heridos, y aun se cree que el mismo Artemi Semidán tuvo la gloria de terminar su vida peleando por la defensa de la patria en presencia de casi 5.000 vasallos vencedores.

Tal fué el número de canarios que asistieron a esta función; función memorable que le adquirió a Canaria el título de Grande y que se le adquirió por obra de sus propios enemigos. **En efecto, se dice, que desde este día la llamó siempre el Señor de Bethencourt "La Gran Canaria."**

Es de lamentar que la Enciclopedia Espasa en su tomo 26 diga que "su nombre de Gran Canaria se le da no por su mayor extensión sino por su población más densa que en las demás islas", dando por descontado que no es lo que los historiadores dicen. Pero por mucho respeto que merezca el desconocido colaborador de Espasa que tal escribió, quien sin duda no consideró bien la importancia de su aserto—como decía en una carta que me permití escribir entonces a la editorial famosa—, más nos merecen los historiadores como Viera y Abreu, que afirman ser otra la razón de dicho nombre. "Espasa" hace una afirmación muy de barato sobre un asunto que merece más atención, porque lleva anejo el honor de Gran Canaria.

(1) Tomo I, cap. XVI, p. 328; edición 1858.

PERSPECTIVAS SUREÑAS



E Arguineguín a Las Palmas es un viaje interesante. Contemplamos el Sur con su aspecto terroso, semi-africano, las llanuras y las playas solitarias.

De cuando en cuando un pago, como un oasis, rompe la monotonía del paisaje: Romeral, El Cruce, nuevos y en embrión; Juan Grande, Maspalomas, antiguos y pacíficos. En este último se lanza el grito de la torre del faro y el aullido nocturno de su luz sobre la soledad de las tierras y los mares.

Otros pueblos mayores se esconden hacia el interior: Tirajana, abrupto y quemado; Sta. Lucía, llano y apacible. Y más oculto, cercano a cumbres, el poético rincón de Temisas, la "silenciosa", como la llamó Fray Lesco, quien escribió de élla:

"Entre los olivares se desparrama el caserío, suelto y al azar, de un tipo rústico, igualitario y castizo. No ha entrado allí la rivalidad entre las

construcciones y no se ve una casa—¡gracias a Dios!—que desentone. La naturaleza y el hombre se han comprendido.

Desde allí—según el mismo escritor—bajo un cielo azul cándido, en que bogan perezosas algunas nubes blancas orladas de oro, se divisa, en bajo, la llanura del Sur con sus tapetes de jóvenes tomateros, sus casitas que parecen dados y los abanicos de sus molinos; y como continuación suya, la llanura del mar, más azul que el cielo, por la que cruzan unos vapores que parecen inmóviles."

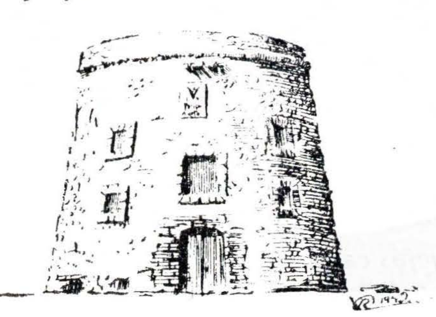
Agüimes y el Ingenio son algo así como los dos puntos con que se abre el interrogante del cuadro sureño. De aquí para allá—nos dicen—encontrarás el auténtico Sur; nosotros te ofrecemos la entrada en los paisajes rectilíneos, enmarcados en playas doradas con orlas de espumas. Rectas de carreteras y de acequias, en superficies sobre las que las cañas de los tomateros forman un pentagrama azul, del que se prenden las claves verdes de las plantas para producir las notas redondas, verdes y rojas, en fuga de fusas y corcheas, con que se canta el himno a la agricultura isleña, con música de aguas y de molinos.

Son aquellos pueblos, además, como el surtidor de los aires. A su alrededor giran los vientos que no sabemos en que cruce del camino nacen y se pierden, pero que nunca llegan a Las Palmas.

Acaso se esfuman allá en el entronque de la carretera de Gando con la de la capital, que es

donde improvisamente nos acarician los soplos africanos, como alientos de sirenas juguetonas encantadas en sus playas arenosas.

El castillito de Gando nos cuenta la leyenda de la destrucción de la torre de los Herreras por los canarios, guiados por Maninidra, y el rosetón del "roque" la de los amores de Doramas.



En la llanura, molinitos en enjambre cantan al son de la brisa, con rumor de aguas y de pozos. De vez en cuando, las altas torres que giran graciosamente sus cabezas ven cruzar pájaros con cabezas más alocadas que las suyas. Y los auténticos gigantes que forcejean con el agua se ríen de aquellas diabluras precoces de los molinillos aéreos, a quienes nacieron alas en un día de cálidos vientos.

Ellos vieron como desde Gando,

«Las veloces e inmóviles
anchas alas de un águila de hierro
perfilaban su sombra sobre el mar....
. . . .
aquel día de Julio luminoso»,

cuando

los pescadores de Fuerteventura
se quedaron absortos, con las redes
en la mano y los ojos clavados en el sol»,

según cantó Pemán en su magno poema "De la Bestia y el Angel." [1]

Cuando ya no se percibe el abaneo de éstos, aparece la risueña ciudad de Telde, con sus palmeras, su estampa franciscana del barrio del Santo de Asís y las torrecillas de la iglesia de San Juan, cuyas campanas recuerda Fernando González:

«¡Viejas campanas que lloráis esta tarde de otoño
con tañido lánguido y tenue,
. . . .
ahora habéis salido de esas torres vetustas
gemelas, en el aire, de los padres laureles,
y os habéis internado en mi alma
y en ella estaréis para siempre...!» [2]

Pasamos luego el puente de los siete ojos por do miramos la ciudad encantada, y nos atrae la leyenda de los cinco misioneros franciscanos que, según las viejas crónicas, arrojaron un día los indígenas por la sima de Jinámar, no muy lejos; y de la cual "salió ese río de lava", malpei, que va a morir al mar después de largo viaje... y parece detenido para que pudiera vadearse", en palabras del profesor Canella. [3]

En el vado, originando una leyenda milagrosa, surge la hermosa ermita de la Concepción, anclada

(1) Canto II.
(2) Hogueras en la Montaña: «Las campanas del pueblo».
(3) Revista geográfica (1940): "La emoción de la Isla".

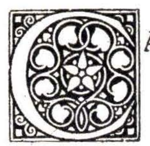
en mitad del valle, y recordando tiempos primitivos: «E otrosí porque mi padre, mi madre, mi primera mujer,... e yo siempre tovimos devoción de decir en cada semana el Miércoles una Misa Cantada a la... Purísima Concebisión... mando a la iglesia de nuestra señora de Concebición de Hinamar... media dobla de oro», decía en su testamento, año 1539, D. Cristóbal García.

Y como vista final del recorrido sureño, contemplamos la ancha vega de Marzagán y Jinámar, la Vega Grande, con sus huertos y sus higueras; para poco después ver de nuevo a Las Palmas por el anteojo del túnel, donde la mar, que embiste y debátese donde llamámosla "mar fea", se apacigua y serena en una playa arenosa, limitada por acantilados enormes y macizos, pasando entre ambos la cinta de la carretera en curva suave y gentil.

Y, para remate, envidiosa de las torres pardas de la catedral, la torreta de la «Casa del Niño», hoy "Hogar Mario César", se eleva airosa, saludándonos, mientras centenares de niños juguetean a su vista, bajo la tutela de Auxilio Social, que quiso dar el nombre del primer "caído" de la Falange de Las Palmas, Mario César Rodríguez Artiles, a la que es su mejor obra en el Archipiélago.



PERSPECTIVAS NORTEÑAS

ASI todos los que visitan por primera vez nuestra tierra suelen quedar como sorprendidos ante algo que no sospechaban. En unas manifestaciones de nuestro nuevo Gobernador Civil, Excmo. Sr. Don Fermín Zelada, ha poco publicadas por "Falange", éste dice:

"¿La impresión que esta isla me ha producido?

Inmejorable y desde luego, superior a cuanto había imaginado. Yo creo que en grandes sectores de la Península no se tiene una idea exacta de lo que es este pedazo de tierra españolísima, tan bellamente enmarcada en el Atlántico. Asombro me produce... la extraordinaria variedad de sus paisajes, con sus playas solitarias, íntimas, que se tuestan a un sol africano, y sus cumbres impresionantes pobladas de apocalípticas cresterías, los grises azulados de sus barrancos y las verdes zonas de plataneras que van a morir al mar.

Gran Canaria es de un gran parecido a mi tierra gallega. Pero hay matices. Galicia es tierra bo-

nita, afectiva; Gran Canaria es sorprendente, impresiona más... A Galicia se la puede querer; Gran Canaria tiene que ser objeto de admiración".

También a Gran Canaria se la puede querer; y se la quiere sin duda cuando se la ha conocido; pero en verdad, la isla admira. En un corto espacio de terreno se encuentran toda clase de paisajes y de climas. Alguien ha dicho que es un "microcosmos", un mundo pequeño: **"Gran Canaria es una isla integral, una pequeña antología del planeta"**, dijo Dionisio Ridruejo al visitar el archipiélago.

Nuestra ínsula, que es como la prometida por D. Quijote a Sancho, **"Hecha y derecha, redonda y bien proporcionada, sobremanera fértil y abundosa"**, [1] tiene desde la llanura manchega, en Arinaga, hasta el aspecto abrupto de Suiza o los Pirineos, por el Centro y Suroeste. O sea, desde la línea recta, pasando por la curva y mixta, hasta la parabólica, quebrada y vertical, en una amalgama de geométricas perspectivas interesantes.

El Sur, gris y terroso; llano. El Suroeste admirable y convulso. El Norte de suavidad inquieta, con mezcla de líneas curvas, llanas y quebradas. Es quizá el término medio entre el **"querer y el admirar"**, usando la autorizada frase.

El Norte de Gran Canaria comprende desde Tamaraceite hasta el Valle de Agaete, pasando por Arucas, Bañaderos, Guía y Gáldar. Es el Norte "turístico" y concreto; pues en una prolongación se podría incluir a Firgas y Moya: todos con su variada fisonomía.

---

(1) «El Quijote»: Cap. 42. (2.ª Parte).

La primera estampa norteña es el betlemítico Tamaraceite. Pago nuevo y hacendoso, hijo mayor de San Lorenzo, pueblo oculto a nuestra izquierda, isleño, más que él hijastro, que tiene aires de casquivano.

Luego Tenoya, partido en dos por la carretera: un barrio modernizante, a izquierda, y otro vetusto, a derecha, con su típica ermita de la Encarnación, remanso tranquilo de gente trabajadora y sencilla. Entre Tenoya y Arucas se ve una buena parte de la isla, en gradación montañosa, con sus huertos de plataneras y la acequias blancas que como venas vitales cruzan las montañas.

Arucas se ve desde un recodo de la carretera, con la imagen destacada de la iglesia, catedral gótica en miniatura. El conjunto es agradable y bello. El verde de los platanares forma una **"Llanura alfombra que desde el Pico Osorio desciende hasta el mar, recamada por las casitas, los tanques y la iglesia, hermoso dibujo en resalte de este tapiz del campo canario"**, como digo en otro lugar de **"Espigas"**.

Dejamos a izquierda la carretera de Moya y el paisaje del Trapiche, con su ermita y sus bellos huertos, para seguir hasta Bañaderos, pueblecito que se baña en la espuma de su mar, alineándose las casas en larga fila. Y luego San Andrés, envuelto en neblina acuática, marino y campestre. Estamos en la "pleamar" del paisaje norteño, donde los entrantes y salientes de la playa hacen juego con los cercados verdes, asomados hasta el borde de las aguas. Sobre una roca está tumbado el sol, bañándose de olas, el Pagador, diminuto barrio pesquero. ¿Su nombre? ¿Será porque allí cobraban

los cocheros de las antiguas "diligencias", una vez pasada la famosa cuesta Silva, como descanso obligado del viaje?

La carretera sube ahora contínuamente dejando en el hondo valle a San Felipe, diminuto paguecillo liliputiense. La célebre cuesta de Silva nos trae recuerdos canarios: Por aquí bajó un general portugués, prisionero, del brazo de un "guanarteme", generoso con los vencidos. Su nombre lleva la cuesta.

Poco más, y estamos ante un cuadro que admira y atrae: es la vista del Norte de Gran Canaria desde el ángulo próximo de la carretera. Al fondo, la Isleta y el Puerto; frente por frente, los huertos de plátanos en escalonada ascensión, mostrando la laboriosidad canaria. Abajo, San Felipe con su ermita recortable, navecilla en lago verde. Más allá, El Pagador, San Andrés, Bañaderos, todos a orillas del mar saltón y espumoso, donde la princesa galdense, Tenesoya, fué a bañarse, siendo robada por marinos españoles, según la histórica leyenda:

«Estándose bañando con sus damas
De Guanarteme el Bueno la sobrina,
Tan bella que en el mar enciende llamas
Tan blanca que a la nieve más se empina,
Salieron españoles de entre ramas...

. . . .

Partir se vió la nave a Lanzarote,
Donde con el santísimo rocío
La bañó en nueva fuente el sacerdote,

De do salió con tal belleza y brío
Que con élla casó Monsieur Maciote...
. . . .
Y de éstos como del jardín flores
Proceden los ilustres Bethencoures».

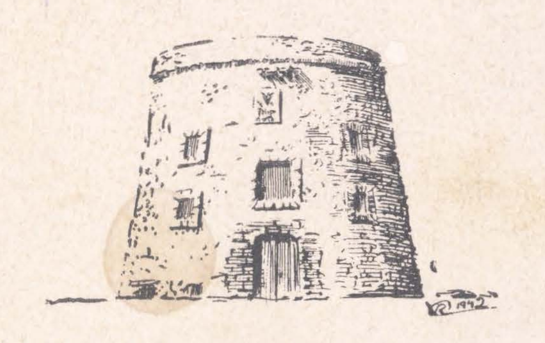
Tenemos aquí una vista crucial del paisaje norteño. "No tiene que envidiar a los de la Orotava", me decía una vez el P. Fuentes—quien aquí ideó su dramita histórico sobre motivos canarios, "La Reina de los Guanches".

Antes de llegar a Guía vemos a Gáldar. Oí decir de pequeño la conseja de que era obra del influjo encantador de un negro el verse primero el pueblo que está después. A izquierda, en airoso montecillo, está la ermita de San Juan, la que nombra la copla, que pudiéramos llamar de las ermitas:

«San Andrés está en la Costa,
San Felipe más allá,
San Juan en la Montañeta
Y en Guía San Sebastián».

Y se presenta de momento Guía, con su grata blancura y bella estampa, pulcra, y ufana de las dos gemelas torres de su iglesia. Con Gáldar, forman el mundo norteño de Gran Canaria. Dos ciudades que se complementan en su modo de ser, y que se miran en la extensión de sus fincas, como encantadas ante el espejismo de los verdes platanares.

Desde San Isidro, pasado Gáldar con su gran templo, hay una bella vista de Guía y su vega. Y pronto llegamos à Agaete.



PRECIO: 7'00 PESETAS.